

Historia del Libro y la Edición

Aproximaciones a la historia del libro y la lectura en el Perú

Políticas de la Memoria retoma en esta edición su habitual sección consagrada a la Historia del Libro y la Edición. Si en un número anterior la dedicamos a experiencias pasadas de ese campo desarrolladas en México, en esta ocasión presentamos dos trabajos, inscriptos ambos en investigaciones de largo aliento, sobre temas relativos a la historia de la cultura impresa en el Perú. En primer lugar, Martín Bergel ofrece una inspección del lugar de los textos impresos en los años en que el aprismo peruano se transforma en un partido de masas, y desarrolla una hipótesis sobre sus usos en un período en el que ese movimiento político debió obrar necesariamente en condiciones clandestinas. Y a continuación, Carlos Aguirre –profesor de la Universidad de Oregon y autor de varios ensayos dedicados a la historia del libro, entre los que se destaca su reciente volumen **La Ciudad y los Perros. Biografía de una novela**– ofrece una reconstrucción de la trayectoria y los claroscuros de Populibros, una de las iniciativas más ambiciosas de popularización del libro y la lectura en el país andino.

Para una historia de la no-lectura en América Latina. Los usos de los objetos impresos en el proceso de popularización del aprismo peruano (1930-1945)*

Martín Bergel

I

En un artículo reciente, José Luis de Diego repasaba los principales hitos que tramaron la emergencia, desde el seno mismo de la historia del libro de cuño francés, de una subdisciplina específica: la historia de la lectura. De acuerdo a su reconstrucción, fue hacia mediados de la década del '80 cuando su horizonte de indagación quedó constituido.¹ Ese hecho se asoció íntimamente a los nombres de Roger Chartier y Robert Darnton, quienes en ensayos programáticos de esos años establecieron las coordenadas heurísticas y los principales problemas metodológicos de la nueva orientación. Según apuntaba el historiador francés, se asistía por entonces al emplazamiento de “una historia de las prácticas de lectura que, para cada época y cada medio, pretende identificar las modalidades compartidas del leer (...) y que pone en el centro de su interrogación los procesos por los que, frente a un texto, un lector o una comunidad de lectores produce una significación que le es propia”. Esa disposición, indicaba Chartier, “funda un nuevo espacio de trabajo que reúne saberes hasta entonces desunidos”.² Compartiendo esas premisas, Darnton no obstante había llamado la atención acerca de la dificultad de la empresa. En su clásico artículo “¿Qué es la historia del libro?”, publicado en 1982, había puntualizado que “la lectura sigue siendo la fase más difícil de estudiar en el circuito seguido por los libros”. Y al tiempo que repasaba los esfuerzos que ya entonces la imaginación historiográfica había desplegado en función de tratar de reponer esa esfera que se le antojaba “misteriosa”, no dejaba de advertir que “la experiencia interna de los lectores comunes tal vez siempre se nos escape”.³

Si ello es en efecto así, si una indolegable opacidad se interpone necesariamente entre el investigador y los efectos derivados de las prácticas de lectura desarrolladas en el pasado, igualmente dificultosa parece ser la tarea de recuperación de los sentidos vinculados a la mirada de relaciones establecidas históricamente con los objetos impresos que van más allá del acto de leerlos (que subordinan la lectura a otros usos de esos objetos, o que directamente la evaden por completo). Aunque el fin declarado de los materiales que transportan letras impresas

* Una versión anterior de este trabajo fue presentada en el II Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición, Córdoba, septiembre de 2016.

1 José Luis de Diego, “Lecturas de historias de la lectura”, en **La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición**, Buenos Aires, Ampersand, 2015.

2 Roger Chartier, “De la historia del libro a la historia de la lectura” [1987], en **Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna**, Madrid, Alianza, 1993, pp. 36-37.

3 Robert Darnton, “¿Qué es la historia del libro?” [1982], **Prismas. Revista de Historia de Intelectual**, n° 12, 2008, pp. 144 y 151-152.

es el de ser consumidos en su calidad de textos, es dable verificar que en diversas circunstancias históricas esos soportes son revestidos de otros propósitos, o que de maneras más imperceptibles ingresan en una economía de prácticas que excedió de modo significativo la lectura. Como ha escrito Leah Price en su sugerente estudio **How to do things with books in Victorian Britain**, por regla general los seres humanos, en sus relaciones con los impresos, llevan a cabo “tres operaciones: los leen (hacen algo con las palabras), los manipulan (hacen algo con el objeto), y los circulan (hacen algo para, o con, otras personas por medio del libro)”.⁴ Y aunque, como señala de inmediato Price, lo habitual no es que esas tres modalidades se excluyan entre sí sino que se deriven entrelazadamente unas de otras, distinguirlas es un modo de circunscribir una perspectiva que se aventure en la interrogación del universo de las experiencias histórico-sociales de no-lectura de los objetos impresos.

Tal tipo de abordaje no ha sido frecuente entre los investigadores del libro y la edición en América Latina (donde incluso una historia social y cultural de las prácticas de lectura del estilo de la propiciada por Chartier y Darnton apenas si ha dado sus primeros pasos). En la idea de favorecer un punto de mira acerca de los usos de los objetos textuales que trascienden los actos de lectura, este artículo —parte de una historia intelectual, cultural y política del aprismo peruano en el período de entreguerras en la que me encuentro embarcado desde hace años— ofrece una aproximación al lugar de los materiales impresos en un momento singular de la trayectoria de ese movimiento: el período que se inicia a comienzos de la década de 1930, cuando experimenta un proceso de vertiginosa popularización. Una fase que, como veremos, es al mismo tiempo traumática para el APRA, que sufre entonces una feroz persecución que obliga a sus dirigentes y militantes a un tipo de activismo ejercido necesariamente en condiciones clandestinas. La hipótesis que buscamos sostener es que en esos años los artefactos impresos ocupan un lugar primordial en la cultura política de resistencia que despliega el aprismo. Sólo que, en el curso de ese proceso, la función principal de esos objetos se ve alterada. Si inicialmente ella tenía que ver con un horizonte pedagógico que hundía sus raíces en la tradición de las izquierdas ilustradas que había informado las primeras experiencias políticas del núcleo de jóvenes dirigentes apristas en los años 1920, en el contexto de clandestinidad de la década siguiente muta hacia un tipo de vínculo con los textos en el que la lectura razonada pierde centralidad. En esa etapa, impresos de todo tipo —libros, folletos, volantes de agitación, el propio periódico partidario **La Tribuna**— cumplen un rol fundamental no tanto por los contenidos textuales que portaban consigo, sino por alimentar en su dificultosa y aun así incesante circulación subterránea (sostenida por el conjunto de militantes y simpatizantes del movimiento) una épica de resistencia que permitió al APRA mantener e incluso acrecentar su popularidad. El tráfico clandestino de textos, hasta cierto punto independizado de las ideas que movilizaba, obró como la savia principal que reavivó permanentemente el sentido de comunidad de la militancia aprista, que en el propio acto de dar y recibir secretamente esos objetos reforzaba emocionalmente su identificación con la causa partidaria.

Evidentemente, la hipótesis de la no-lectura, o, en su versión más blanda, de la pérdida de relevancia de la lectura, resulta difícil de demostrar. De allí que, hasta cierto punto, el abordaje que propongo no rebase el registro de lo conjetural. Con todo, mi exposición busca respaldarse en un amplio conjunto de indicios —recolectados a partir de un prolongado, y aun así inacabado, trabajo de pesquisa en fuentes primarias— que abonan la dirección señalada.⁵ En lo que sigue, entonces, repondremos en primer lugar elementos de la historia del APRA que nos permitirán situar nuestro argumento, para luego adentrarnos en las prácticas y sentidos que rodearon la circulación de textos en el período conocido en la narrativa partidaria como “Gran Clandestinidad” (1932-1945).

II

La Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) nace como movimiento político a mediados de los años 1920, gestada desde el exilio por Víctor Raúl Haya de la Torre y el núcleo de jóvenes que lo secundaba (también desterrados en distintas ciudades de América y Europa). Ese grupo se había conformado como tal al calor de la experiencia de las Universidades Populares González Prada (UPGP), creadas también a instancias del líder trujillano en 1921. Deriva principal del proceso de Reforma Universitaria en el Perú, las Universidades Populares

4 Leah Price, **How to do things with books in Victorian Britain**, Princeton, Princeton University Press, 2012, p. 5.

5 En relación a los indicios y huellas como elementos que permiten establecer plausiblemente conjeturas acerca de fenómenos del pasado de difícil acceso, la aproximación que aquí se ensaya a los usos de los textos por parte de los distintos grupos y clases sociales que convergían en el APRA (usos de la dirigencia partidaria tanto como usos populares) toma como referencia el paradigma indiciario propuesto por Carlo Ginzburg. Ver su “Indicios. Raíces de un paradigma de referencias indiciales” [1979], en **Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia**, Barcelona, Gedisa, 1994.

habían puesto en contacto a estratos significativos de estudiantes y trabajadores. Coloreadas por elementos de la tradición anarquista —relevante en los segmentos de obreros organizados—, las animaba un espíritu de renovación y de redención de las clases subalternas a través de la cultura. Por caso, es en las UPGP donde en 1923 Mariátegui brinda, ante un auditorio rebosante, las sucesivas conferencias sobre las dinámicas globales de la posguerra luego agrupadas en el volumen **Historia de la crisis mundial**. Una declarada voluntad pedagógica y de ilustración de sectores que estaban lejos de poder acceder a la universidad caracterizaba entonces al proyecto de las UPGP. Pero, bajo guía de Haya de la Torre, este espacio rápidamente adquirió un marcado perfil político, al punto de convertirse en un actor preponderante dentro del arco opositor al presidente Augusto B. Leguía. Así, luego de encabezar las masivas jornadas antigubernamentales de mayo de 1923 (que, según escribiría Mariátegui en los **Siete Ensayos**, representaron el “bautizo histórico [de] la nueva generación”),⁶ en un contexto de creciente hostigamiento y persecución primero Haya de la Torre y en tandas sucesivas otros jóvenes dirigentes de las UPGP abandonan el Perú rumbo al exilio.

Ha sido común destacar en la trayectoria de las Universidades Populares el roce que efectivamente produjeron entre segmentos de obreros y estudiantes, y el hecho de que se transformaran en una referencia más allá del Perú (y ello gracias a la proyección de la que gozaron a través de la notable presencia internacional de las voces de Haya de la Torre y sus compañeros, un rasgo sobre el que volveremos enseguida). En cambio, no ha sido tan frecuentemente señalado cómo esa experiencia de breves e intensos años fijó un sentido de camaradería y pertenencia a un proyecto político común (un proyecto que aún se hallaba *in nuce*, pero que ya reconocía en Haya a su líder indiscutido) en el grupo de jóvenes que partía al destierro.⁷ Dispersos en ciudades distantes —Buenos Aires, México, La Paz, París, Londres, Berlín, entre otras—, la ausencia de comunicación cara a cara de todos ellos hasta comienzos de los años '30 no los inhibió de redoblar esfuerzos y de impulsar colectivamente la apuesta política que cristalizaría en el APRA. De allí que, sobre todo en esa segunda mitad de la década de 1920, la correspondencia haya sido el vehículo por excelencia a través del cual esa comunidad desterritorializada de jóvenes impulsó su concepción y posterior deriva.⁸

Pero el aprismo no sólo se conformó como una suerte de movimiento político de vanguardia —quizás lo más parecido a un partido de activistas revolucionarios de tipo leninista que entonces hubo en América Latina—, sino que fue especialmente eficaz en darse a conocer y granjearse un ancho campo de simpatías en intelectuales, estudiantes, obreros y la opinión pública más general del continente (y aún de otras zonas del mundo). A mediados de los años 1920, numerosos grupos e iniciativas de la región orbitaban en torno a consignas antiimperialistas y de izquierda; pero de todos esos ensayos (quitando al movimiento internacional que contaba con el auspicio cada vez más directo de la Revolución triunfante en Rusia una década antes), fue el APRA el que concitó mayor atención y cosechó más extendida resonancia. Que ello haya sucedido de ese modo se explica ante todo por un conjunto de atributos de la praxis de Haya de la Torre y sus antiguos compañeros de la UPGP que los llevaron a sobresalir en la mayoría de las ciudades que les tocó transitar. Me he referido con cierto detenimiento a esos rasgos en anteriores ocasiones.⁹ Ahora quisiera insistir simplemente en que, dentro del nomadismo activista que ejercitaron sin hesitaciones, todos ellos desplegaron una incesante tendencia a escribir y publicar. Aún no se ha establecido un mapa completo de los diarios y revistas americanos (de todas las Américas), europeos (incluida Rusia), y hasta de la China, en los que textos firmados por Haya de la Torre y sus compañeros vieron la luz en esos años '20; pero si atendemos a algunas indicaciones ese campo debió ser muy extenso. Según refiriera el líder trujillano en una ocasión, algunos de los textos que escribió luego de su viaje al país de los soviets, en 1924, se editaron “en

6 José Carlos Mariátegui, **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana** [1928], México, Era, 1993, p. 128.

7 Jeffrey Klaiber, “Popular Universities and the origins of aprismo, 1921-1924”, **Hispanic American Historical Review**, Vol. 55, n° 4, 1975; Martín Bergel, “La desmesura revolucionaria. Prácticas intelectuales y cultura vitalista en los orígenes del aprismo peruano (1921-1930)”, en Carlos Altamirano (dir.), **Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II. Avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX**, Buenos Aires, Katz, 2010.

8 Esa singular faceta —la de un movimiento político cuya configuración inicial misma se tramitó en la correspondencia— ha sido subrayada recientemente en consonancia a la posibilidad, vedada hasta hace muy poco, de acceder a una parte sustantiva de ese corpus epistolar. Ver Martín Bergel, “Un partido hecho de cartas. Exilio, redes diaspóricas, y el rol de la correspondencia en la conformación del aprismo peruano (1921-1930)”, **Políticas de la Memoria**, n° 15, Buenos Aires, CeDInCI, 2014; Javier Landázuri, “La edad prometeica”, estudio preliminar a **Los Inicios**, Fundación Armando Villanueva del Campo, Lima, 2015.

9 Cfr. Martín Bergel, “Nomadismo proselitista y revolución. Notas para una caracterización del primer exilio aprista (1923-1931)”, **Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe**, Vol. 20, n° 1, Universidad de Tel Aviv, 2009; Martín Bergel, “Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia, de Manuel Seoane. Viaje y deriva latinoamericana en la génesis del antiimperialismo aprista”, en Carlos Marichal y Alexandra Pita (coord.), **Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana**, México, COL-MEX, 2012; Martín Bergel, “La desmesura revolucionaria”, *op. cit.* Ver también Iñigo García-Bryce, “Transnational Activist: Magda Portal and the American Popular Revolutionary Alliance, 1926-1950”, **The Americas**, Vol. 70, n° 4, 2014; y Genévieve Dorais, **Indo-America and the Politics of APRA exile, 1918-1945**, Tesis de Doctorado, University of Wisconsin-Madison, 2014.

más de cincuenta periódicos o revistas de Sur y Centroamérica, las Antillas y México".¹⁰ Asimismo, al decir de una nota de referencia a "El asesinato de un pueblo", uno de los ensayos breves que integró su primera compilación de textos —publicada por la célula de desterrados apristas de Buenos Aires—, "pocos artículos de Haya de la Torre han sido más reproducidos que este. No hay país de América Latina donde no haya sido leído. En algunos países como México, Perú y la Argentina, su reproducción se ha hecho casi en cada ciudad donde existe un periódico 'no imperialista'".¹¹ Y aun cuando esas referencias probablemente sean exageradas, dan cuenta de un fenómeno efectivamente existente. Por caso, el historiador finlandés Jussi Pakkasvirta ha contabilizado en alrededor de 50 las notas de o sobre miembros del APRA aparecidas en la revista costarricense **Repertorio Americano** entre 1924 y 1930.¹² Y una presencia quizás más abrumadora de textos apristas se detecta en las décadas del '20 y sobre todo del '30 en la revista argentina **Claridad**, otra importante publicación de las izquierdas continentales de ese período.¹³

En suma, la escritura y la publicación de artículos políticos breves supo ser una de las principales vías a través de las cuales el APRA adquirió gran visibilidad en la opinión pública continental, en la que por lo general hallaría buena acogida. Y si esa disposición revelaba ya, sobre todo en Haya de la Torre, una inclinación casi obsesiva a las argucias de la propaganda, no dejaba de reflejar también la confianza en la palabra escrita como instrumento privilegiado para la transmisión de ideas.

III

La fisonomía del proyecto política aprista cambió radicalmente luego de la caída de Leguía, en agosto de 1930. En la veintena de jóvenes exiliados disgregados en América y Europa flotaba la idea de que, cuando las condiciones lo permitiesen, sería imperioso regresar al Perú. Pero hasta entonces, el APRA no había sido otra cosa que una red desterritorializada de "elementos de vanguardia" —como algunos de ellos gustaban llamarse— que tenía aspiraciones reales de construir un movimiento americano internacional (y hasta internacionalista, según se desprendía del último de los cinco puntos programáticos que Haya de la Torre había expuesto en 1926 en el manifiesto "¿Qué es el APRA?", que proclamaba la "solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo"). Así se lo hacía saber el líder trujillano a su amigo argentino Gabriel del Mazo en la correspondencia que mantenían: "como crear un partido nacional sería errar, hay que intentar el frente único internacional americano de trabajadores".¹⁴ Por contrapartida, más allá del asiduo contacto epistolar con algunos núcleos de intelectuales y obreros —sobre todo, y hasta la sonada ruptura de 1928, con el que rodeaba a Mariátegui—, en el Perú, donde los órganos gráficos no habían mostrado la hospitalidad para con sus textos que se observaba en publicaciones de otras latitudes, el aprismo era relativamente poco conocido por el gran público.

Esa situación variaría considerablemente tras la salida del poder de Leguía. Muchos expatriados se apresuran entonces en regresar al Perú. Otros lo harían en el curso del año siguiente (el propio Haya volvería recién en julio de 1931). Pero ya en septiembre de 1930 se fundaba oficialmente la sección nacional del APRA, el Partido

10 Víctor Raúl Haya de la Torre, **Impresiones de la Rusia soviética y la Inglaterra Imperialista**, Buenos Aires, Claridad, 1932, p. 91.

11 Víctor Raúl Haya de la Torre, "El asesinato de un pueblo", en **Por la emancipación de América Latina**, Buenos Aires, Manuel Gleizer, 1927, p. 135. El texto tiene por tema la resistencia del ejército marroquí de Abd-el-Krim a los embates franco-españoles en el norte de África.

12 Jussi Pakkasvirta, "Haya de la Torre en Centroamérica. ¿La primera y última fase del aprismo internacional?", **Revista de Historia**, n° 44, San José de Costa Rica, 2002.

13 Cfr. Leandro Sessa, **Aprismo y apristas en Argentina: Derivas de una experiencia antiimperialista en la "encrucijada" ideológica de los años treinta**, Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de La Plata, 2013. Ver también Liliana Cattáneo, **La izquierda argentina y América Latina en los años '30. El caso de Claridad**, Tesis de Maestría, Universidad Torcuato Di Tella, 1991; y Florencia Ferreira de Cassone, **Claridad y el internacionalismo americano**, Buenos Aires, Claridad, 1998. Haciendo gala ya del tono severamente prescriptivo que desde entonces sería una constante en su escritura epistolar, en sus cartas Haya encomendaba con insistencia al puñado de jóvenes que lo secundaba la escritura de tinte político que cultivaba con fruición: "No importa repetir. Al contrario, hay que repetirse mucho, pero extender también mucho la labor de propaganda. Pero hay que escribir. Uno de ustedes debe escribir artículos incesantes sobre el problema indígena peruano, revelar abusos y conmover la opinión pública con una propaganda indigenista vívida que conmueva y justifique la revolución (...) Otro debe ocuparse de asuntos estudiantiles, persecuciones, acción de la UP, en este orden, y recuerdo constante del heroísmo de la juventud peruana (...) Otro o el mismo debe seguir diciendo que la UP fue la primera tribuna antiimperialista de América Latina, definida en un sentido económico, y que la UNIDAD de América es nuestro lema, etc." (Carta de V. R. Haya de la Torre a Eudocio Ravines, Londres, 26 de octubre de 1926, reproducida en Pedro Planas, **Los orígenes del APRA. El joven Haya**, Lima, Okura, 1986, pp. 204-205).

14 Víctor Raúl Haya de la Torre a Gabriel del Mazo, Londres, junio de 1925, publicada como "Carta a un universitario argentino" en **Por la emancipación de América Latina**, op. cit., p. 125.

Aprista Peruano (PAP). Se abría allí uno de los períodos más intensos de la historia del país andino, que enmarcaría el ingreso de las masas a la vida política. En ese contexto, en el siguiente año y medio el aprismo habría de estructurarse a gran velocidad como un partido de alcance nacional. A puro vértigo, una infinidad de instancias organizativas brota a nivel departamental, provincial, distrital y hasta barrial, al tiempo que se conforman también células transversales por oficio (un fenómeno análogo ocurre con el movimiento acaudillado por el general Sánchez Cerro, quien luego de derrocar a Leguía se erigirá como figura de gran ascendente popular y líder de la Unión Revolucionaria, la agrupación nacionalista —luego incluso filofascista— que derrotaría por escaso margen al APRA en las elecciones presidenciales de octubre de 1931).¹⁵ Un continuo haz de reuniones, mitines y actos acompaña diariamente esa expansión meteórica del PAP, cuyas prácticas militantes y estandartes ocupan de modo cada vez más visible la escena pública.

Pero esa presencia callejera de la acrecentada militancia aprista (que incluyó combates físicos con comunistas, primero, y con sanchezceristas, poco después), se vio acompañada y alimentada por un fenómeno que no ha merecido suficiente atención: el del notable incremento de objetos impresos. El *libro político* —categoría que, en la definición de Jean-Yves Mollier que hacemos nuestra, incluye folletos, volantes, panfletos, prensa popular, canciones, y libros propiamente dichos—¹⁶ efectivamente se multiplicó. De un lado, tras la caída de Leguía estudiosos como Juan Gargurevich han constatado el despliegue de una “verdadera explosión periodística”, que se verificó en la fundación de una serie de diarios nuevos y en el relanzamiento o la renovación de otros ya existentes.¹⁷ Algunos de esos periódicos se crearon con el fin de apuntalar distintos grupos políticos y candidatos ante la proximidad de las elecciones presidenciales de 1931, aunque incluso en esos casos la nueva prensa se preocupó por observar las reglas del periodismo moderno. Pero de otro lado, junto a ese impulso que experimentaron los diarios cobraron auge también otros géneros y formatos.

En lo que más nos interesa, la coyuntura motivó en efecto la proliferación, en varias modalidades, del libro político aprista. En primer lugar, ya en los primeros cónclaves organizativos del flamante PAP aflora la idea de editar una publicación con el fin de dar respaldo al desarrollo del partido. Sobre el final del acta que recogía las decisiones acordadas en la reunión fundacional del 20 de septiembre de 1930 puede leerse lo siguiente: “se dará a publicidad un semanario intitulado “APRA” para la defensa y propagación de sus postulados”. En la cuarta reunión, el 9 de octubre, la Secretaría de Propaganda a cargo del poeta trujillano Alcides Spelucín informa de la próxima salida del órgano, “cuya tirada alcanzará la cantidad de 5000 ejemplares”.¹⁸ El semanario **APRA** será en consecuencia la primera publicación oficial del partido. Pero coincidentemente con ello, en el bienio 1930-1931 un nutrido conjunto de folletos y pequeños libros de combate y propaganda doctrinaria ve la luz en formatos populares. Esa serie reconoce su origen en un mismo impulso de divulgación de las orientaciones del flamante movimiento, pero su procedencia varía según los casos. Hay los textos publicados por editoriales consolidadas del exterior, sobre todo de la Argentina. Claridad de Buenos Aires, asentada ya en el mercado de producción y venta de libros baratos, edita folletos como **La Garra Yanqui** (1930) y **Nuestros Fines** (1930), de Manuel Seoane, o **Impresiones de la Inglaterra imperialista y la Rusia Soviética** (1932) y **Construyendo el aprismo** (1932), de Haya de la Torre, que llegan a circular en territorio peruano. Hay también pequeñas iniciativas como la Casa Editora de Los hermanos Rosay, simpatizantes del aprismo en Lima, que publican breves textos como **Haya de la Torre en su víspera** (1931), del poeta Alberto Hidalgo, o el mismo **Nuestros Fines** de Seoane, reeditado en 1931. Hay finalmente sellos partidarios fantasmas, que se las ingenian para editar el mismo tipo de libelos y folletos. En la editorial Cahuide, por caso, ven la luz **Teoría y táctica del aprismo** (1931), de Haya de la Torre, o **América Latina**

15 A pesar de que hay aspectos que aún merecen nuevas incursiones, la coyuntura de 1930-1931 en la que el APRA se transforma en un partido de masas ha recibido considerable atención por parte de numerosos trabajos, algunos de los cuales ya son clásicos de la historiografía sobre el Perú. Ver, entre otros, Jorge Basadre, **Historia de la República del Perú (1822-1933)**, Lima, Empresa Editora El Comercio, 2005 [1968]; Peter Klarén, **Formación de las haciendas y orígenes del APRA**, Lima IEP, 1976; Manuel Burga y Alberto Flores Galindo, **Apogeo y crisis de la República Aristocrática**, Lima, Rikchay, 1984; Steve Stein, **Populism in Peru. The emergence of the Masses and the Politics of Social Control**, Madison, The University of Wisconsin Press, 1980; Margarita Giesecke, **La insurrección de Trujillo**, Lima, Fondo Editorial del Congreso de la Nación, 2010. Dos excelentes monografías abordan la cuestión desde una perspectiva regional: Lewis Taylor, “Los orígenes del Partido Aprista Peruano en Cajamarca, 1928-1935”, **Debate Agrario**, n° 31, Lima, 2000; y Jaymie Heilman, “We Will No Longer Be Servile: Aprismo in 1930s Ayacucho”, **Journal of Latin American Studies**, Vol. 38, n° 3, 2006. Sobre el fenómeno del sanchezcerismo, ver Tirso Molinari, **El fascismo en el Perú. La Unión Revolucionaria, 1931-1936**, Lima, Universidad Nacional de San Marcos, 2006.

16 Jean-Ives Mollier, “Grandes momentos do Livro Político na França”, en Marisa Midori Deaecto y Jean-Ives Mollier (orgs.), **Edição e Revolução. Leituras comunistas no Brasil e na França**, Atelie Editorial y Editora UFMG, Cotia y Belo Horizonte, 2013.

17 Juan Gargurevich, **Historia de la prensa peruana, 1594-1990**, Lima, La Voz Ediciones, 1991, p. 148 y ss.

18 “Acta de inauguración de la Sección del APRA” y “Acta de sesión del Comité Directivo del APRA”, Lima, 20 de septiembre y 9 de octubre de 1930, “Cuaderno Rojo”, reproducido en forma facsimilar en **Los Inicios**, op. cit.

frente al imperialismo, que reúne conferencias de Magda Portal.¹⁹ Con la rúbrica de una improbable editorial La Tribuna se edita también en 1931 el opúsculo **Páginas Polémicas**, de Manuel Seoane, que compila un conjunto de textos publicados en el periódico partidario (“un álbum de fotografías ideológicas de los distintos minutos de nuestra batalla por la justicia”, según escribe su autor en la nota que oficia de prólogo).²⁰ Y bajo un también efímero sello denominado simplemente APRA, el mismo año ven la luz los folletos de Luis Heysen **El comandante del Oropesa** (que, de cara a las elecciones presidenciales, busca demoler la figura de Sánchez Cerro) y **El ABC de la Peruанизación**. La concentración de textos de esta índole en los años iniciales de constitución del APRA como movimiento político peruano sugiere no solamente el mencionado propósito de divulgación doctrinaria; desde otro ángulo, el hecho de estampar la firma en uno de esos opúsculos debió ser para los jóvenes dirigentes partidarios un modo de verse confirmados, por la militancia tanto como por el propio Haya de la Torre, como líderes de la primera plana del partido.²¹ A todo esto añadamos otro género de textos que también parece haber tenido importante circulación: los **Cancioneros apristas**, que traían impresas las letras de canciones populares que narraban sucesos de la vida partidaria.²²

Pero dentro de ese concierto de publicaciones el órgano que más se destacó, al punto de constituirse rápidamente en uno de los principales símbolos apristas, fue el periódico **La Tribuna**. Fundado en mayo de 1931 por Manuel Seoane —quien traía tras de sí reconocida experiencia y pergaminos periodísticos adquiridos durante su exilio argentino—, rápidamente se erigió en un dispositivo organizador de la dinámica partidaria. Edición tras edición sus páginas proveían numerosas noticias relativas a la súbita conformación de células en distintos puntos del país, y anunciaban febrilmente la realización de la plétora de mitines y actos que abonó el vertiginoso crecimiento del APRA. En ese segundo semestre de 1931 se estableció en efecto un proceso virtuoso de retroalimentación entre las informaciones que **La Tribuna** traía consigo y la bullente vida del partido. Lectura del periódico y ocupación del espacio público parecían entonces reenviarse mutuamente. Pero además el diario aprista se posicionó con éxito dentro del espectro de la prensa peruana, compitiendo acaloradamente con órganos largamente establecidos como **El Comercio**. Ello se vio favorecido porque Seoane procuró construir un diario moderno, que amén de sus funciones de organización y adoctrinamiento lograra satisfacer los diversos intereses del público urbano. Así, por caso, deportes y espectáculos conformaron secciones fijas del periódico, que al cumplir los 6 meses de vida certificaba haber alcanzado ya un tiraje de 25 mil ejemplares.²³

En suma, en momentos en los que el APRA experimentaba un salto cualitativo por el cual dejaba de ser un movimiento reducido de vanguardia para convertirse en un partido nacional de masas, la palabra impresa continuó teniendo un rol preponderante. Si antes había sido vehículo fundamental en la conquista del aprismo de un gradiente de simpatías en todo el continente, desde 1930 colaboró en nacionalizarlo e implantarlo firmemente en territorio peruano. Y aun cuando ingresara en una vorágine de combates políticos cada vez más álgidos, el discurso escrito aprista todavía reclamaba para sí expresamente una función de ilustración popular y de educación cívica, rasgos que a su juicio exhibían el carácter distintivo del partido. Por caso, desde un editorial de **La Tribuna** podía afirmarse que “el aprismo ha surgido para constituir un partido de ideas y no un clan de compadritos. Nos interesa difundir en la conciencia del pueblo peruano el conocimiento de sus problemas e indicar las soluciones científicas que corresponden”.²⁴

19 Como sería frecuente en casos similares, el diario partidario **La Tribuna** daba a conocer la aparición del opúsculo: “Magda Portal ha reunido en un pequeño libro, novedosamente presentado por la Editorial ‘Cahuide’, varias de las conferencias que pronunciara en México y los demás países centroamericanos que visitó cuando fuera desterrada por el gobierno de Leguía (...) Sin alardes de falso y pesado eruditismo, ‘América Latina frente al Imperialismo’ es un libro cuya lectura, una vez comenzada, no se deja sin terminar”. “América Latina frente al Imperialismo”, por Magda Portal”, **La Tribuna**, Lima, 26 de julio de 1931.

20 Manuel Seoane, **Páginas Polémicas**, Lima, Editorial La Tribuna, 1931, p. 4.

21 Según se leía en la solapa de uno de los folletos de Heysen recién referidos, “la Editorial ‘APRA’, que es un órgano de publicidad dependiente del Partido Aprista, y que tiene por misión especial intensificar la labor de divulgación de la doctrina del Partido, está interesada en presentar al público aprista —afiliados y simpatizantes— ediciones económicas que como la presente, estén al alcance de todos (...) Pretendemos seleccionar la producción de nuestros líderes más conocidos, y darla así en folletos ordenados, que sirvan al fin que nos proponemos y sean la base de la Biblioteca aprista, ya en vías de formación”. Luis Heysen, **El ABC de la peruанизación**, Cuzco, 1931, p. 2.

22 Pocos días después que Manuel Seoane fuera víctima de un atentado, se anunciaba la publicación de un vals criollo en su honor, “El ‘Cachorro’ herido” (Cachorro era uno de los apodos de Seoane), a ser publicado en una nueva edición del **Cancionero Aprista**. “Del **Cancionero Aprista** n° 3 que aparecerá el día de hoy. El ‘Cachorro’ herido”, **La Tribuna**, Lima, 28 de noviembre de 1931.

23 “Ayer pasamos los 25 mil ejemplares”, **La Tribuna**, 17 de noviembre de 1931. Sobre las características del periódico en su fase inicial ver Martín Bergel, “Construir el pueblo aprista. El diario **La Tribuna** en su primer año de vida”, ponencia presentada en el XXXIV Congreso de LASA, Nueva York, 27 al 30 de mayo de 2016.

24 “Métodos reveladores”, **La Tribuna**, 23 de julio de 1931. En la misma dirección, en una entrega correspondiente a una serie sucesiva de artículos titulada “Política de ideas” podía leerse lo siguiente: “Un estudio sereno y justo de nuestra historia política tiene que necesariamente concluir afirmando que en el Perú jamás alcanzó vigor un movimiento con vertebración ideológica (...) El Partido

IV

El contexto político variaría otra vez dramáticamente a comienzos de 1932. Los meses previos a los comicios presidenciales de octubre de 1931 fueron testigos de un caldeado clima de movilizaciones, ácidas diatribas cruzadas, y combates callejeros entre apristas y sanchezceristas. La derrota electoral de Haya de la Torre por un reducido margen no hizo sino agravar la situación. El APRA denunció fraude, y en los meses finales de ese año sobrevinieron conatos insurreccionales en diferentes puntos del país, que incluyeron muertos y heridos.²⁵ En momentos en que aprismo y antiaprismo adquirirían la forma de identidades políticas asumidas cada vez con mayor virulencia, el país ingresaba en lo que Luis Alberto Sánchez no dudaría en llamar “guerra civil”.²⁶ Embebido de ese clima y atento a los ensayos conspirativos que lo tenían por objeto, el flamante gobierno de Sánchez Cerro no titubearía en desplegar una feroz política represiva sobre el conjunto de la militancia aprista. A comienzos de 1932 se aprobaba una Ley de Emergencia que otorgaba al poder ejecutivo amplias facultades en la materia. Como resultado de ello, cientos de simpatizantes del APRA (y de otros grupos opositores) serían encarcelados. La autodenominada Célula Parlamentaria Aprista, que surgida de las elecciones se había destacado en ámbito legislativo por su dinamismo y la oratoria de algunos de sus miembros —en ella sobresalían figuras como Manuel Seoane y Luis Alberto Sánchez—, en un proceso a todas luces irregular sería disuelta y enviada al destierro, suerte que compartirían muchos otros dirigentes y militantes. En ese marco, el semanario **APRA** y el diario **La Tribuna**, junto a otras varias publicaciones, serían clausuradas, y toda actividad pública vinculada al aprismo celosamente prohibida y castigada.²⁷

Se iniciaba entonces el período que en la narrativa partidaria se conoce como “Gran Clandestinidad”, y que se extiende, con algunas interrupciones, hasta 1945 (el momento más prolongado de relajación del celo represivo se da entre el asesinato de Sánchez Cerro a manos de un militante aprista en abril de 1933, que tiene por efecto descomprimir transitoriamente la situación, y el nuevo endurecimiento por parte del gobierno de Oscar Benavides que sigue a una nueva ola insurreccional en noviembre de 1934). Durante ese lapso la relación entre espacio público y vida partidaria, que había dado la tónica del primer año y medio de existencia del PAP, se vio interrumpida. Pero ello no significó que lo que hemos denominado libro político aprista disminuyese o dejase de existir. Muy al contrario: cancelada virtualmente toda posibilidad de manifestación pública abierta, su circulación, ahora clandestina, se vio investida de nuevos sentidos. Como procuraremos mostrar en el resto del presente artículo, los impresos apristas vinieron desde entonces a funcionar como símbolo de la vitalidad del partido aún en condiciones de censura y represión, y por ello fueron objeto de desvelo tanto para la militancia como para los grupos policiales y parapoliciales (la “soplonería”) encargados de controlarla.

Durante el largo período que se extiende de 1932 a 1945 (salvo el interregno de 1933-34 recién mencionado, y otros momentos de atenuación de la represión durante la presidencia de Manuel Prado, ya en los años ‘40) resultaba conveniente, para quienes profesaban simpatías apristas, mantener esa fe en secreto. En esa etapa centenas de dirigentes y activistas pasaron varios años en la cárcel, y fueron muchos los que vivieron lapsos prolongados en el exilio. Luego de haber estado preso en penosas condiciones por más de un año durante la presidencia de Sánchez Cerro, Haya de la Torre vivió durante el resto del período escondido en diversas guaridas limeñas. La misma suerte corrieron otros dirigentes (algunos de los cuales, como Luis Heysen, se hicieron célebres por su habilidad para burlar el acoso policial). Todo ello no impidió, sin embargo, que durante esa fase se verificara en territorio peruano un extendido movimiento de objetos impresos referenciados con el APRA. Diversos testimonios atestiguan el fenómeno. Según advertía hacia 1937 el norteamericano Samuel Guy Inman, atento observador de las realidades del continente y conocedor de primera mano del Perú, en los años precedentes “el APRA se convirtió en una organización compacta (...) Circulaban por centenares de miles una serie cuidadosamente preparada de folletos”.²⁸

Aprista es el primer Partido que influye ideológicamente en las masas peruanas, trayendo un bagaje pingüe de pensamiento (...) Es, finalmente, la política de ideas que el Perú necesita”. “Política de ideas”, **La Tribuna**, 25 de julio de 1931.

25 Margarita Giesecke, **La insurrección de Trujillo**, *op. cit.*, pp. 175-233.

26 Luis Alberto Sánchez, **Apuntes para una biografía del APRA. Tomo II. Una larga guerra civil**, Lima, Mosca Azul, 1979.

27 Ya en febrero de 1932 el embajador norteamericano en Lima no dudaba en afirmar, en uno de sus habituales reportes a la Secretaría de Estado en Washington, que el gobierno de Sánchez Cerro estaba llevando a cabo “una guerra de exterminio contra el Partido Aprista”. Fred Morris Dearing a la Secretaría de Estado de los Estados Unidos, Lima, 21 de febrero de 1932 (US National Archives, Department of State Decimal File, 1930-1939, RG 59, caja 5696). La militancia partidaria respondería de diversos modos a ese implacable sesgo, desde atentados contra la vida de Sánchez Cerro (el primero fallido, el segundo exitoso) al más importante ensayo insurreccional de todo el período, la revolución de Trujillo de julio de 1932. Todo lo cual no haría sino redoblar la orientación represiva del gobierno. Para una vívida reconstrucción de ese clima político, cfr. Guillermo Thorndike, **El año de la barbarie. Perú 1932**, Lima, Mosca Azul, 1969.

28 Samuel Guy Inman, **Latin America: its place in world life**, Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1937, p. 161.

Por su parte, Carlos Miro Quesada Laos, de la familia propietaria del tradicional diario **El Comercio** —bastión del antiaprimismo—, rememoraba que en esos años arreciaba “la literatura de propaganda (...) escrita con violencia y dicerio en muchas toneladas de papel”.²⁹ Y en las periódicas cartas que enviaba desde sus refugios limeños a Luis Alberto Sánchez, por entonces desterrado en Santiago de Chile, Haya de la Torre no cesaba de exigir la producción de ingentes cantidades de libros, volantes y otros materiales de propaganda. “El sur —escribía en una oportunidad— necesita millares de hojas sueltas (...) No de 10 o 1000 hojitas, sino de miles. Los cc. en N. York están bombardeando el norte y resulta mucho esta campaña de fuera”. Y reiteraba en otra: “insisto en recomendar un bombardeo activísimo de propaganda impresa sobre el Perú, esencialmente sobre Lima y el sur (...) Aquí la propaganda impresa es difícilísima. Las hojas son buscadas con verdadera ansiedad”. Y en otra:

Todo esfuerzo de Uds. para aumentar el bombardeo de prop. sobre el sur siempre será poco, siempre merecerá críticas. Puno, Tacna, Arequipa, Cusco y por ahí Abancay necesitan y piden a gritos una ofensiva en grande, planeada y realizada con genio, con visión. Cada hoja volante en estos tiempos es valiosísima. No sabes como se las disputan. ¡Cuánto daría por estar ahí dirigiendo una ofensiva guttemberesca!³⁰

Esa producción de cifras industriales que reclamaba Haya en verdad se materializaba por medios artesanales, que dependían de la voluntad y el nervio de la militancia. Y es que las tareas asociadas a la fabricación y circulación de impresos pasaron a ocupar un lugar de primer orden en las jerarquías simbólicas que ordenaban las labores del activismo aprista. Esos quehaceres, elevados al lugar de misión, tenían lugar en dos escenarios diversos: desde el exilio, desde donde la elaboración de textos debía continuarse en su ingreso subrepticio al Perú; y en el propio territorio peruano, necesariamente en condiciones clandestinas.

Lo que en una tan repetida como sugestiva figura Haya de la Torre llama “bombardeo” de impresos desde el exterior, tuvo sus espacios de producción y canales de diseminación privilegiados. Como se observa en una de las cartas a Sánchez, aún el núcleo de expatriados apristas de Nueva York (que hacia fines de la década del '30 editaría una publicación propia) estaba involucrado en la faena. Desde Colombia y Ecuador otro tanto hacían otros grupos de desterrados. En Bogotá, con la colaboración de figuras de la primera plana del Partido Liberal colombiano los dirigentes apristas Pedro Muñiz y Carlos Showing editan el folleto **Lo que es el aprismo**. Y en Guayaquil, también gracias al concurso de un activo círculo de exiliados ve la luz el volumen **El proceso Haya de la Torre**, que compila los documentos relativos al encarcelamiento del líder a manos de Sánchez Cerro así como los numerosos pronunciamientos y muestras de solidaridad internacional que el suceso genera.³¹ Por su parte, en su estadía panameña de 1932 también Luis Alberto Sánchez participa del envío de impresos al Perú. “Mando por marítimo 100 manifiestos. En otro irán 100 más”, le contaba a Manuel Seoane, entonces desterrado nuevamente en Buenos Aires. Y en una siguiente carta: “Hemos largado abundantemente **La Tribuna** al Perú. Me escriben que llega y sigue llegando”.³² Pero fueron las capitales argentina y chilena, en consonancia a la existencia de grupos de exiliados más extensos y asentados, y con aceitadas conexiones locales, las plazas desde las que más sostenidamente se desarrolló el trabajo de edición y envío de materiales impresos. En Buenos Aires la editorial Claridad continuó publicando libros y folletos apristas; y es en esa ciudad donde, luego de su clausura en Lima, en los primeros meses de 1932 aparecen varias ediciones de **La Tribuna** (allí se exilian Seoane y varios de sus más fieles laderos en la aventura inicial de ese periódico). Santiago de Chile, por su parte, se transformó desde fines de 1934 en el principal albergue para los exiliados del APRA. La reconocida labor que desde entonces ejerció Luis Alberto Sánchez al comando de la exitosa editorial Ercilla —que por su concurso brindó trabajo a otros varios desterrados—, redundó en que allí aparecieran publicados un conjunto de libros apristas. Por caso, es en este sello que ve la luz **El Antiimperialismo y el APRA**, el trabajo de mayor envergadura de Haya de la Torre, que desde Lima reclamará insistentemente el envío de ejemplares.

29 Carlos Miró Quesada Laos, **Sánchez Cerro y su tiempo**, Buenos Aires, Librería “El Ateneo” Editorial, 1948, p. 201.

30 Cartas de Víctor Raúl Haya de la Torre a Luis Alberto Sánchez, Lima, marzo, mayo y junio de 1935 (la fecha exacta no está precisada), en Víctor Raúl Haya de la Torre y Luis Alberto Sánchez, **Correspondencia. Tomo 1, 1924-1951**, Lima, Mosca Azul, 1982, pp. 53, 69 y 67.

31 Según recapitulaba el dirigente aprista Carlos Godoy a su regreso del destierro ecuatoriano en septiembre de 1933 (en el momento de apertura que sigue a la asunción de Benavides a la presidencia), “el Comité de Guayaquil cuya Secretaria General corrió a mi cargo, no solo cumplió la función de enlace con el CEN a pesar de la severísima censura que imperaba entonces en el Perú, sino que atendió con celo y eficacia al servicio de propaganda dentro y fuera de la Republica, defendió al Aprismo de los ataques calumniosos y de la propaganda interesadamente malévola de la prensa amarilla al servicio de la tiranía peruana y consiguió orientar la opinión ecuatoriana, mediante comunicados de prensa, volantes, folletos y recientemente, con la publicación del libro sobre **El Proceso Haya de la Torre** que tan benévolamente ha sido acogido por toda la intelectualidad mundial”. “En Colombia y el Ecuador nuestro movimiento ha sido acogido en forma comprensiva. Expresa a **La Antorcha** el c. Carlos Godoy”, **La Antorcha**, n° 40, Lima, 29 de septiembre de 1933.

32 Cartas de Luis Alberto Sánchez a Manuel Seoane, Panamá, 1 y 12 de agosto de 1932 (Luis Alberto Sánchez Papers, Penn State University).

Ahora bien, si una estricta vigilancia pesaba sobre el campo de impresos apristas de origen transnacional, ¿cómo se operaba su ingreso al Perú? Se trata de un aspecto que merece una investigación en profundidad en un conjunto mayor de fuentes de las que actualmente dispongo. Pero hay algunas referencias que permiten esclarecer algunas vías. Señalo dos. Por un lado, el APRA en la clandestinidad se valió siempre de numerosos contactos insospechados del ardoroso fanatismo que le atribuían sus enemigos. Muchos dirigentes estaban vinculados a mundos sociales extensos, familiares, amigos o ex compañeros de colegio o de deportes propensos a hacer discretos favores a figuras que sabían en peligro o con las que simpatizaban secretamente. A menudo esos enlaces, viajeros por razones de ocio o de negocio, oficiaron de correo ambulante. Pero más frecuente fue utilizarlos como destinatarios de cartas y paquetes que solían pasar desapercibidos. La censura epistolar fue una constante durante la “Gran Clandestinidad”, y por ello las cartas entre militantes apristas están presididas por un lenguaje seco y encriptado, cuando no escritas directamente en clave (indescifrable a nuestros ojos). Pero ese férreo control podía ser burlado de modos como los que Haya de la Torre sugería en una carta a Sánchez: “creo que Uds. deben hacer esfuerzos muy grandes para contribuir así a la propaganda. Imprimir o conseguirse sobres diversos con membretes comerciales, etc., y enseguida lanzar muchas hojas (...) Para envío de sobres con cinco o seis ejemplares de hojas te doy las siguientes direcciones...”.³³ En 1935 esas formas de camuflaje estuvieron a punto de desencadenar un entuerto diplomático que habría afectado las relaciones entre Perú y Chile (que ambos países buscaban reencauzar tras la firma del tratado de 1929 que ponía fin al diferendo limítrofe que los había enfrentado), cuando se descubrió que propaganda aprista ingresaba en sobres oficiales del país vecino. Tal lo que advertía presuroso el embajador chileno en Lima a su Canciller:

Ha llegado a mi conocimiento que los deportados apristas peruanos que actualmente se encuentran en Chile, están utilizando sobres con el membrete de reparticiones públicas chilenas para su campaña contra el Gobierno del Perú. Adjunto remito a US. un sobre cerrado (he abierto solo una de las puntas para verificar su contenido) dirigido al señor Dr. Carlos Rodríguez Pastor, con la propaganda a que me he referido (...) No necesito llamar la atención de US. hacia la gravedad del hecho que denuncio al Departamento. Al elevado criterio de US. no escapará la trascendencia que él tendría si llega a traslucirse al público. Es a mi juicio, desde todo punto de vista inaceptable que pueda existir un funcionario chileno que, al facilitar sobres de las reparticiones públicas, no mire las consecuencias gravísimas que su acción puede acarrear para nuestro país (...) Afortunadamente el sobre adjunto cayó en poder de un amigo de Chile y de esta Embajada, el señor Javier Correa Elías, quien ha tenido la delicadeza de informarnos de lo ocurrido y no entregarlo a las autoridades peruanas.³⁴

El otro canal de sigilosa distribución de impresos remite a la antigua tradición de los intercambios tramitados por vía oceánica. Hemos visto como Sánchez escribía a Seoane que había hecho llegar textos al Perú “por marítimo”. Y en su correspondencia, Haya de la Torre insiste en utilizar ese conducto a través de un guiño apenas encubierto. “Me gusta mucho que se haya hecho labor entre sailors. Esto es asunto fundamental y todo lo que se haga será poco”, indica en una carta. Y en otra apenas anoticia: “recibido todo sobre sailors”.³⁵ El canal ofrecido por los *sailors*, los marineros favorables al APRA, había sido aludido más directamente en una ocasión anterior:

En Valparaíso había un c. chileno joven obrero, Bluck, quien le escribió a Julián que había formado el grupo aprista entre los estibadores. NO OLVIDEN de hacer funcionar a los vaporinos siquiera sobre Mollendo e Ilo. Aunque sea para que saquen volantes y los dejen en esos puertos. Este asunto es de mucha importancia.³⁶

En efecto, esa senda de introducción de material de propaganda parecía ser doblemente permeable a la acción de la militancia aprista. Lo eran las extensas costas peruanas, difíciles de controlar y por ende favorables a la furtiva penetración de impresos. Lo era también la tripulación de los barcos, sensible a la imagen anti *statu-quo*

33 Víctor Raúl Haya de la Torre a Luis Alberto Sánchez, Lima, mayo de 1935, en **Correspondencia**, op. cit., p. 59. En otra carta de unas semanas más tarde, protestaba contras las limitaciones que observaba en esa tarea de ingreso-hormiga de impresos: “Pero, ¡si seguimos con visión chica de las cosas y cansándonos porque hacemos cien mil sobres cuando necesitamos que se haga un millón, entonces qué! ¿qué?” (*Ibid.*, p. 68).

34 “Propaganda aprista bajo cubierta de sobres con el membrete de oficinas públicas de Chile”. Despacho confidencial del embajador chileno en Perú al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Lima, 22 de mayo de 1935 (Volumen 602 – 1935, Fondo Histórico, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Santiago de Chile).

35 Víctor Raúl Haya de la Torre a Luis Alberto Sánchez, Lima, cartas de marzo de 1937 (ambas sin especificación del día), en **Correspondencia**, op. cit., pp. 302 y 300.

36 Víctor Raúl Haya de la Torre a Luis Alberto Sánchez, Lima, 19 de enero de 1935, en **Correspondencia**, op. cit., pp. 44-45.

y de reparación social con que se asociaba al APRA. De allí que esa vía fuera explorada recurrentemente por otros activistas.³⁷

Pero mientras los círculos de desterrados se esmeraban en que el texto político aprista franquease las fronteras peruanas, al interior del país su producción inevitablemente secreta se revestía también de un halo de heroísmo. El emplazamiento de imprentas clandestinas, y en su reverso, su desmantelamiento a cargo de las fuerzas del orden, fue en efecto una de las principales instancias en que se libró el combate político entre apristas y antiapristas en los años '30 y '40. Ya a comienzos de marzo de 1932 el embajador norteamericano en el Perú Fred Dearing informaba a la cancillería de su país que un escondite desde el cual **La Tribuna** continuaba imprimiéndose clandestinamente acababa de ser descubierto por la policía. Todos aquellos comprometidos en la elaboración del periódico habían sido detenidos y serían severamente juzgados.³⁸ Pero como se comprobaría en los años subsiguientes, las repetidas caídas de imprentas y talleres clandestinos no impidieron que nuevos sitios de producción fueran velozmente reinstalados. Así, un mes después del despacho de Dearing un informe policial reservado dirigido a la Prefectura de Lima advertía que "se sigue editando en Mimeógrafo el pasquín titulado '**La Tribuna**'".³⁹ En efecto, bajo un formato muy diverso (apenas como un boletín de pocas páginas de baja calidad), y editado sin una periodicidad fija, cuando las circunstancias lo permitían, el órgano aprista continuó siendo publicado. Y hasta 1945 lo hizo bajo una misma leyenda: "edición clandestina de protesta".

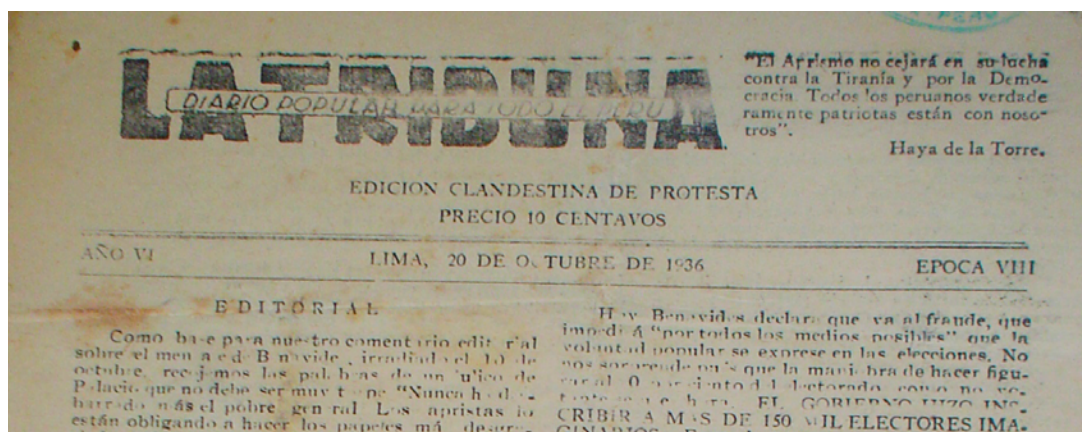


Fig. 1. Edición clandestina de **La Tribuna**. La baja calidad de la impresión disminuía su legibilidad.

La lucha en torno a la fabricación de impresos se prolongó parejamente a lo largo de todo el período que aquí consideramos. En 1935 el periódico **Cascabel**, que desde el estilo sardónico y a la vez informado que le imprimía su director Federico More —uno de los grandes nombres del periodismo gráfico peruano de esas décadas— respaldaba al gobierno de Benavides, daba cuenta de una nueva redada en la que había vuelto a caer una imprenta clandestina aprista. La publicación, que justificaba y buscaba dotar de racionalidad a la acción represiva a la que hacía referencia (a su juicio muy distinta de la que había tenido lugar durante el gobierno de Sánchez Cerro), en la crónica que ofrecía dejaba traslucir la importancia que el régimen otorgaba a ese tipo de intervención:

Desde que el Partido Aprista resolvió actuar en la ilegalidad, la policía no ha desmayado un momento. Por razones de orden público tenía que evitar la edición clandestina de pasquines en los que se insulta groseramente y sin ninguna

37 Mencionemos un ejemplo: en una carta enviada a los desterrados en Santiago de Chile desde Arequipa, el dirigente Julio Cárdenas (conocido por su seudónimo, "Negus") escribía: "procuren enviarnos la mayor cantidad de propaganda y redoblen el envío de **Tribuna del Sur**". Y luego listaba una serie de contactos en barcos, con los cuales debía establecer enlace "el c. Samuel, de Valparaíso (...) En el 'Santa Bárbara' el contador Struke y un camarotero Balarezo. En el 'Santa Inés' Carlos Oliva. En el 'Santa Rita' Julio Infantes. En el 'Santa Lucía' camarotero de primera c. Cueto. En el 'Santa María' un c. Navarro, y así muchos otros con quienes hablaría Samuel". Carta de "Negus" (Julio Cárdenas), en Arequipa, a "Leo" (Leoncio Muñoz), en Santiago, 26 de febrero de 1936, en Thomas Davies y Víctor Villanueva (eds.), **300 documentos para la historia del APRA**, Lima, Horizonte, 1978, p. 42.

38 Fred Morris Dearing a la Secretaría de Estado de los Estados Unidos, Lima, 10 de marzo de 1932 (US National Archives, Department of State Decimal File, 1930-1939, RG 59, caja 5696).

39 Coronel Cirilo Ortega al Prefecto del Departamento, Lima, 7 de abril de 1932 (Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, Presos Políticos y Sociales, Legajo 3.9.5.115.114.7).

responsabilidad, a personas de respetabilidad indiscutible (...) A la policía no le interesaban mayormente los archivos apristas. Sólo se preocupaba de los talleres de imprenta y los mimeógrafos. Su objetivo era hacer cumplir la ley que prohíbe la circulación de papel impreso que no lleve pie de imprenta y que no tenga editor responsable.⁴⁰

Por entonces, un pequeño grupo de militantes de origen popular se especializó en las labores de impresión mimeográfica, y durante varios años estuvo a cargo de la edición de **La Tribuna** clandestina. Según recordaba décadas después uno de ellos, Moisés Rodríguez,

La soplonería andaba siempre atrás nuestro, y teníamos que cambiar constantemente de local; lo hicimos alrededor de diez veces. En otra oportunidad ya no había posibilidad de fuga y nos quitaban la imprenta; perdimos ocho máquinas. Pero tan pronto como caía una ya estábamos fabricando otra. Lo hacíamos con suma facilidad, y a tal punto que llegamos a hacerlas desarmables.⁴¹

En honor a la madre de uno de los tipógrafos aficionados que colaboraba en la empresa, una máquina comenzó a portar su nombre: María. Y a partir de allí, en la jerga aprista las imprentas comenzaron a ser conocidas bajo ese apelativo. En paralelo, la búsqueda de los escondrijos desde los que se componía **La Tribuna** se transformó en una verdadera obsesión para los grupos policiales. Y la represión de quienes se encomendaban a la tarea adquirió ribetes de marcada dureza. En 1941, en un operativo represivo caía abatido "Perico" Chávez, otro miembro del grupo imprentero que desde entonces pasaría a integrar el elenco de mártires del movimiento (año a año se lo homenajearía por haber caído en la brega en defensa de su estratégico puesto).⁴² En suma, en el Perú de la "Gran Clandestinidad" la producción de objetos textuales se mantendría como una constante, por encima de las severas condiciones que la dificultaban; todo lo cual sobrecargaría de sentidos las prácticas que hacían posible su dilatada presencia.

V

Un texto de agosto de 1933 aparecido en el periódico partidario **La Antorcha**, ofrecía una reflexión acerca del modo en que el APRA había emergido tras los 16 meses de gobierno de Sánchez Cerro:

Iniciada la persecución más cruel que registra nuestra historia contra los hombres (...) desde el escondite o desde el extranjero y aún desde la prisión, los Apristas no perdieron jamás el "enlace" con los dirigentes del partido, ni con los comités ni con las organizaciones celulares. Y la prueba de esta verdad, está en que hoy, cuando la ley de amnistía nos ha dado la libertad de pensar libremente, vemos al Partido Aprista Peruano unido, purificado y engrandecido. Sus afiliados han conquistado, a través de la lucha y el dolor, a otros hombres que eran indiferentes o enemigos de nuestra doctrina y militan como el mejor de los viejos luchadores por la conquista del ideal común. Y todo esto no lo ha hecho sino el SENTIDO DE ORGANIZACIÓN de los apristas.⁴³

Si en ese momento de tregua temporaria podía trazarse ya un balance en relación a cómo la existencia del APRA en condiciones en las que era objeto de denodada persecución había transformado el imaginario simbólico asociado a la militancia, lo que el artículo dejaba sin decir era hasta qué punto el tráfico clandestino de textos había operado como elemento lubricante del renovado pacto cotidiano de reafirmación de un "nosotros" partidario en situación de resistencia. Y es que, en circunstancias en las que se hallaba virtualmente impedida toda puesta pública en acto de esa identidad compartida, el ejercicio de dar y recibir, de facilitar y procurar, objetos tangibles y a la vez sencillos de ocultar que en su propia realidad personificaban la causa común, creaba y recreaba vínculos de complicidad y una épica compartida en el conjunto de militantes apristas. De allí que en ese contexto se impusiera una palabra de orden en relación a los impresos: que circularsen.

40 "Descubrió la Policía los archivos del Partido Aprista", **Cascabel**, Lima, 10 de abril de 1935.

41 El testimonio de Rodríguez y de otros miembros de ese grupo es recogido en Julio Ortega Cuentas, "**La Tribuna** en la clandestinidad", **La Tribuna**, edición especial conmemorativa, 16 de mayo de 1961.

42 Ver por ejemplo "Hoy rinden homenaje a Périco Chávez: Auténtico héroe de la libertad de prensa; hablará Haya de la Torre", **La Tribuna**, 25 de agosto de 1948.

43 "El sentido de la organización aprista", **La Antorcha**, n° 28, 25 de agosto de 1933.

Producida a comienzos de 1932 la clausura de las tupidas relaciones que el APRA tejía con el espacio público, junto a la decisión de prolongar la publicación de **La Tribuna** ahora en condiciones clandestinas la dirigencia partidaria comienza a sacar boletines de noticias. Elaborados en copias mimeografiadas, su propósito inicial de orientar a la militancia y salir al cruce de los ataques gubernamentales se acompañó de sentidos que excedían los contenidos textuales que las hojas portaban. Al final del papel rugoso y de letras apretadas del **Boletín** no. 4 se hacía una recomendación: "Compañeros: El Partido necesita que cada uno de sus afiliados sea un propagandista, no pierda Ud. ocasión y válgase de todos los medios para que estos Boletines sean conocidos por todos los ciudadanos apristas y no apristas".⁴⁴ Y el no. 6 remataba con una apelación similar, en letras mayúsculas:

AYUDE A PROPAGAR ESTE BOLETIN. MILES DE MANOS PERUANAS LO COPIAN Y PROPAGAN EN TODO EL PAIS. CONTRIBUYA A CREAR CONCIENCIA NACIONAL Y VERDADERA CULTURA POLITICA. NO OLVIDE QUE EL APRISMO GRANDE POR SU FE, FUERTE POR SU DISCIPLINA, INVICTO POR SU ENERGIA, CONTINUA SU OBRA REGENERADORA Y ES LA GRAN ESPERANZA DEL PERÚ.⁴⁵

Unos meses después, en un informe de la embajada norteamericana se señalaba que un boletín de similares características "proviene de fuentes desconocidas", y que la policía "arrestaría inmediatamente a cualquiera implicado en su producción y distribución".⁴⁶ A la posibilidad de que numerosas manos confluyan en la propagación de este tipo de materiales, se unía el rasgo del anonimato. La participación de centenas de personas desconocidas como agentes de diseminación de textos sería reiteradamente motivo de orgullo para la dirigencia aprista. En el prólogo al volumen **Aprismo Femenino Peruano**, elaborado durante su estancia en la cárcel, Rómulo Meneses escribía que "este folleto, que debió formar parte de mi anterior libro, **Por el APRA**, fue escrito también en la cautividad. Muchas compañeras de Lima y de provincias lo conocen, pues ellas recibían los originales y los reproducían para su difusión en los focos de trabajo clandestino".⁴⁷ Y es que ese fomento de la circulación de textos no se limitaba a la capital o las grandes ciudades peruanas. En una circular del Buró de Propaganda Departamental de Chiclayo, en el norte del país, se solicitaba a "los cc. de este Comité que recomienden que toda propaganda que llegare a sus manos, la hagan circular profusamente, pase de mano en mano".⁴⁸

Pero esa política de la continua circulación de impresos hallaría su ícono máximo en el diario **La Tribuna**, que en la jerga popular aprista se ganaría el mote de "pan caliente" por el modo en que era esperado y pasaba velozmente de una persona a otra. Según ha escrito el estudioso Rodher Rossini, el periódico del APRA

Pasaba de mano a mano discretamente en las calles. Se introducía subrepticamente por los dinteles de las puertas. Salía de los bolsillos de anónimos combatientes y seguía circulando. Miles de formas se idearon para hacerla llegar a todos los rincones. El "pan caliente" circulaba en los ómnibus, en los tranvías, en los cinemas y hasta se le podía encontrar en las mesas de los cafetines, colocado, expreso por alguna mano anónima.⁴⁹

A **La Tribuna** que aparecía salpicadamente (unas 10 o 20 veces al año) para ser distribuida en forma clandestina, poco la unía en verdad al diario que había sabido competir con **El Comercio** en los tiempos en que no se hallaba ilegalizada (en rigor, sólo forzosamente podía seguir llamándose "diario", por más que circulase bajo esa inscripción en su portada). Aunque ninguno de sus textos (editoriales y breves noticias) aparecía firmado, al parecer buena parte de ellos fueron obra del propio Haya de la Torre.⁵⁰ Y a partir de su elaboración, toda una maquinaria de

44 **Boletín del Partido Aprista Peruano**, n° 4, 20 de marzo de 1932.

45 **Boletín Aprista**, no. 6, s/f (fecha probable: mayo de 1932). En este caso, el boletín consistía apenas en apretados párrafos que poblaban una hoja impresa en ambas carillas (pude acceder a copias de estos boletines en los despachos policiales que los adjuntaban luego de ser requisados, Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, Presos Políticos y Sociales, Legajo 3.9.5.1.15.1.14.4).

46 William C. Burdett (primer secretario de la Embajada) al Departamento de Estado, Lima, 13 de agosto de 1932 (US National Archives, Department of State Decimal File, 1930-1939, RG 59, caja 4696).

47 Rómulo Meneses, **Aprismo Femenino Peruano**, Lima, Editorial Cooperativa Atahualpa, 1934, p. 8.

48 "Circular n° 3 del Buró Departamental de Propaganda", Chiclayo, 14 de abril de 1936 (Archivo Luis Heysen).

49 Rodher Rossini, "Victor Raúl Haya de la Torre en la resistencia clandestina", disponible en <http://rodherrossini.obolog.es/victor-raul-haya-torreen-resistencia-clandestina-escribe-rodher-rossini-saenz-114-370>

50 En un recuadro sin firma del suplemento especial conmemorativo antes citado, se afirmaba que "en la larga ilegalidad de 1935 a 1945, puede decirse que la existencia de **La Tribuna** fue inseparable de Haya de la Torre. Desde las múltiples, trashumantes y buscadas residencias de la clandestinidad, el jefe del Partido se mantuvo al frente de las ediciones ilegales de nuestro diario". **La Tribuna**, Lima, 16 de mayo de 1961.

producción, primero, y sobre todo de distribución, luego, se ponía en marcha, a veces de modo coordinado y en muchas otras gracias al concurso espontáneo de la militancia de base, que de ese modo revalidaba su compromiso y daba muestras de entrega a la empresa común. Nicanor Mujica, entonces uno de los principales dirigentes de la Federación Aprista Juvenil y enlace de confianza durante varios años del líder del partido en sus diversos escondites, supo brindar un vivaz recuerdo de ese proceso:

[Para las tareas de impresión del periódico] generalmente se buscaba una zona alejada de la ciudad, una chosa [sic], una barriada, barrios popular y allí instalar la maquinaria que a veces estuvo enterrado bajo tierra, mal que bien disimulada y con compañeros que vivían sentados a lado de la maquinaria, trabajando, tipiando y no podían salir a la calle (...) generalmente no conocían su situación, donde estaban ni siquiera los que redactaban el periódico (...) El periódico sólo lo conocía un enlace; de manera que si caía el enlace, y no regresaba en determinado número de horas a la base, ya ellos sabían que debían escapar. El compromiso era aguantar a la tortura uno o dos días (...) Generalmente en todas las ciudades, los barrios de la capital había un compañero que recogía el periódico, determinado día a determinada hora, en determinado lugar, se le entregaba el periódico (...) Había también otro sistema perfectamente establecido por los c. de provincias, que sabían donde debían venir a recoger **La Tribuna**. **La Tribuna** también circuló mucho por el interior del país.⁵¹

Esa diseminada presencia del principal órgano aprista en ciudades alejadas de la capital se verifica en otras referencias. Clodomiro Cueva (1917-2015), que siendo apenas un adolescente colaboró con los revolucionarios de Trujillo en las jornadas de julio de 1932, desde su trabajo como camionero se encargó en los años siguientes de repartir **La Tribuna** —junto al también mítico órgano trujillano **Chan Chan** y otros materiales impresos— en un amplio radio de pequeños pueblos de esa zona norte del país.⁵²

Cabe recalcar que las tareas de distribución de impresos no eran patrimonio de un grupo especializado, sino que eran asumidas generalizadamente por personas de diversos estratos sociales, muchas de ellas de origen popular. Tal lo que se aprecia en los documentos policiales, que por añadidura ratifican el ahínco con que se perseguía este tipo de actividad. Un despacho proveniente de la pequeña ciudad de Huacho, daba cuenta de la detención de dos hombres, Humberto Luna y Carlos Odiaga. Este último, al parecer fotógrafo de oficio y residente en un hotel de la ciudad, era uno de “los conductores de la propaganda aprista, repartiendo volantes por las campañas de Huacho, los mismos que recibía de Lima con grandes precauciones (sic) i sigilosamente se encargaba de su distribución”. El reporte concluía señalando que en la correspondiente requisa a su domicilio, se habían encontrado “cuidadosamente guardados en una maleta, una cantidad de periódicos pasados de la **Tribuna** i del **APRA**” (en probable referencia a la revista partidaria que llevaba ese nombre). En otro informe policial, se hacía notar que Miguel Tesseriere, argentino residente en Lima, había sido apresado porque “se le consideraba con responsabilidad en el hallazgo de un mimiógrafo de propaganda aprista”. Otro despacho permite ver el trabajo artesanal y la trama de encadenamientos que podían asociarse a las labores de producción y distribución de textos:

El día 25 del presente a horas cinco de la tarde la policía sorprendió que en el interior de la Pastelería de San Sebastián y aprovechando la ausencia del dueño del establecimiento, dos empleados del mismo estaban reproduciendo en una máquina de escribir un artículo que el escritor deportado Federico Moore (sic) había publicado en el diario “**La Razón**” de La Paz y en el que se ataca duramente al actual régimen gubernativo (...) Hechas las averiguaciones respectivas, a fin de conocer como había llegado (...) el original o escrito en referencia, Figueroa manifestó que fue Baltazar Velqui Refigo, empleado también de la misma pastelería (...) quien se lo facilitó y que una vez que tuvo un ejemplar de ese escrito insinuó a del Campo que sacara cinco copias. Por su parte, Velqui dice que entregó el escrito a Figueroa porque se lo solicitó al habérselo mostrado; y que él lo había solicitado de Heráclides Barrantes Cerdaz (...) que trabaja en la casa Italo Peruana. Interrogado Barrantes sobre la procedencia

51 Nicanor Mujica, “Periodismo clandestino. Historia y actualidad”, texto mecanografiado que sirvió de soporte para una conferencia que el autor brindó en la Academia de Periodismo de Lima, presumiblemente en los años ‘60. La cita reproduce las elipsis y errores de la sintaxis original. Agradezco a François Mujica haberme facilitado una copia del texto, proveniente del archivo de su padre.

52 “Yo salía temprano a las 5 de la mañana de Huamachuco —rememoraba Cueva en el relato que hilaba sus recuerdos de hechos ocurridos ochenta años antes— (...) En Quiruvilca, había el mecánico de mi carro (...) yo pasaba, aventaba el paquete, y seguía. Llegaba a Samne, habían los hermanos Corcuera que tomaron el puesto de la Guardia Civil (...) y allí también aventaba el paquete (...) El paquete tenía **Chan Chan**, tenía **La Tribuna**, y varios folletos (...) Y yo no sabía quien los imprimía”. Entrevista a Clodomiro Cueva, Lima, 5 de abril de 2014.

del escrito ha manifestado a su vez que a él se lo entregó el estudiante (...) Homero Horna Gil; y por último éste ha declarado que recibió el original de un estudiante cuyo nombre no recuerda; y después de haber sacado algunas copias, le dio una a Barrantes.⁵³

En otro dossier de las fuerzas policiales y parapoliciales con informaciones y papeles relativos al maestro aprista David Sánchez Infante, hay una copia mecanografiada del mismo artículo de Federico More publicado originalmente en el diario **La Razón** de La Paz en el que se fustiga a Sánchez Cerro. De 4 páginas de apretada letra azul y múltiples tachaduras, ese texto se cierra con una anotación en lápiz: "léalo i hágalo circular" (ver fig. 2).⁵⁴ Resulta plausible conjeturar que de las dos acciones que se prescriben en esa frase, la primera podía tanto consumarse como no; al cabo, los hechos a los que aludía la denuncia del carácter opresivo del régimen sanchezcerista —que More buscaba dar a conocer en un órgano de la prensa extranjera— eran vivenciados cotidianamente en el Perú. En cambio, cumplir con el imperativo de la circulación suponía una práctica subversiva de las condiciones políticas reinantes que tenía por ello un plus de significación: comprometía en acto a todo aquel que la llevara a cabo, y lo anudaba imaginariamente a la comunidad resistente que propios y ajenos no dudaban en asociar al APRA. De allí que en la tramitación de ese gesto a veces simple, otras muchas peligroso, se activaba toda una economía emocional de símbolos e identificaciones con la causa partidaria.

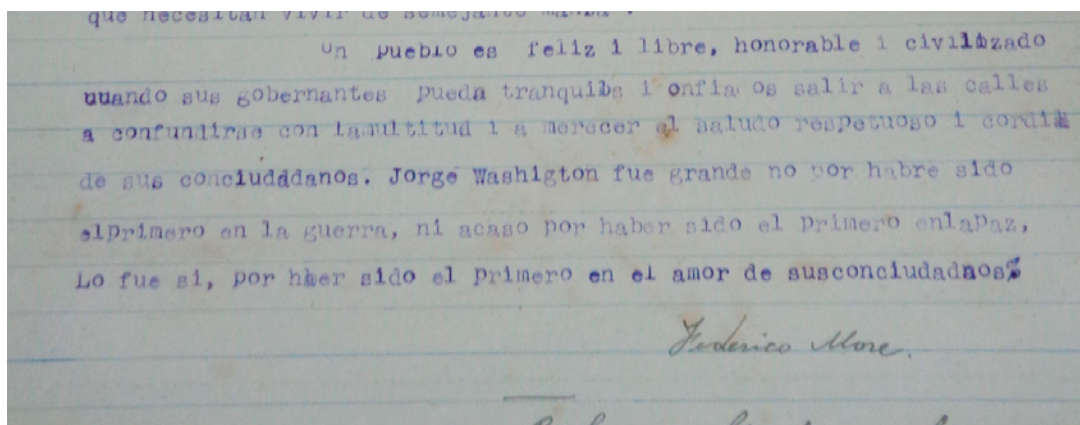


Fig. 2. Copia mecanografiada del artículo de denuncia del gobierno de Sánchez Cerro de Federico More hallada por la policía entre los papeles del maestro aprista David Sánchez Infante.

Esa preceptiva en favor de la distribución de impresos tenía además la ventaja de su sencillez: potencialmente cualquiera podía llevarla a cabo. Ya ha sido aludida, a través de una referencia de Rómulo Meneses, la participación de las mujeres en esa labor. Pero también los adolescentes y hasta los niños con frecuencia fueron parte de esa trama de complicidades subterráneas. Ya los canillitas habían sido objeto de una exitosa política de seducción por parte de la plana dirigencial de **La Tribuna** en el período en el que circuló abiertamente compitiendo con otros periódicos. Pero durante la "Gran Clandestinidad" otros muchos infantes, a menudo hijos de militantes, hicieron su aporte en la tarea que el movimiento se había fijado.⁵⁵ Teresa Claros (circa 1926-2013), desde entonces y hasta su muerte una reconocida militante aprista de la región de El Callao, supo referir cómo en los años '30 y '40 fue

53 Respectivamente, despacho del Teniente Comisario (firma indescifrable) al señor Subprefecto de la Provincia de Chancay, Huacho, 10 de marzo de 1932; despacho de la Jefatura General del Cuerpo de Investigación y Vigilancia al Señor Prefecto del Departamento, Lima, 10 de junio de 1932; e "Informe del Subprefecto del Cercado de Lima al señor Jefe General del Cuerpo de Investigación y Vigilancia", Lima, 28 de abril de 1932 (documentos pertenecientes al Legajo 3.9.5.1.15.1.14.4, Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, Presos Políticos y Sociales). Federico More, que era también duramente crítico del APRA y que como hemos mencionado ya brindaría apoyo al gobierno de Benavides, sufrió también el destierro en tiempos de Sánchez Cerro.

54 Copia existente en el despacho relativo a Sánchez Infante encabezado por una carta del Jefe de la Sección Orden Político de la Prefectura de Lima, Lima, 11 de junio de 1932 (también en el Legajo 3.9.5.1.15.1.14.4, Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, Presos Políticos y Sociales).

55 Aludo aquí a un fenómeno que he estudiado con más detenimiento en Martín Bergel, "De canillitas a militantes. Los niños y la circulación de materiales impresos en el proceso de popularización del Partido Aprista Peruano (1930-1945)", **Iberoamericana**, Berlín, Vol. 15, n° 60, 2015.

con frecuencia portadora entre sus útiles escolares y ropa de niña de propaganda y textos partidarios.⁵⁶ En un sentido un tanto distinto, en sus visitas a Juan Seoane a la prisión en la que estuvo detenido 10 años (acusado de ser partícipe del primer atentado a Sánchez Cerro), sus pequeñas hijas Leonor (1926-) y Vicky (1928-) fueron uno de los conductos a través de los cuales párrafos escritos en trozos de papel traspusieron los límites del presidio para llegar a manos de la comunidad de desterrados apristas en Santiago de Chile.⁵⁷ Fruto del azaroso viaje de esos y otros fragmentos acabaría por componerse y ver la luz en la Editorial Ercilla, al cuidado de Luis Alberto Sánchez, el célebre libro de Seoane **Hombres y Rejas**, uno de los mayores exponentes de la literatura carcelaria peruana.⁵⁸ Todavía más: esa circulación clandestina se dio también dentro de la propia población infante o juvenil, que en ese comercio de textos a menudo impulsó en otros púberes el despertar de sentimientos de simpatía e identificación con el partido. En sus memorias, Orestes Romero Toledo refiere como el contacto sorpresivo con un ejemplar de **La Tribuna** en la ciudad norteña de Piura tuvo para él, en ese contexto, el valor de una revelación:

Una mañana tibia, pajarina, en uno de los recreos, un compañero de clase me entregó, furtivamente, unas hojas impresas con caracteres diminutos. Mi amigo, cuando me entregó las hojas, estaba demudado. Tenía los ojos desorbitados. Su mirada era de asombro. Sin embargo, parecía feliz. Al recibir las hojas, tuve miedo. Mi cuerpo tembló. Sentía curiosidad por leer los papeles. Me alejé del lugar y fui a leer a solas. Al abrirlo vi que era un periódico. Su título: "**La Tribuna**".⁵⁹

En definitiva, la portación y distribución clandestina de impresos jugó, por diversas vías y en distintas situaciones, un rol crucial en la pervivencia y aún la extensión —incluso en las condiciones adversas que entonces imperaban— del imaginario político aprista, y fue un ingrediente que contribuyó a teñir los sesgos que informaban la moral partidaria. Al respecto, haciendo foco en diferentes ejes, y desde un arco variable de perspectivas metodológicas, un conjunto de trabajos ha coincidido en poner de relieve el carácter martirológico, mesiánico y hasta religioso que asumió la cultura política aprista. Una economía de prácticas sobrecargada de símbolos y elementos rituales dio soporte a un discurso en el cual ocupaban un lugar de primer orden las dimensiones sacrificiales y heroico-redentoristas, así como un repetido sentido de hermandad entre "compañeros" (la remanida "fraternidad aprista").⁶⁰ Si todo ello es bien conocido, lo que no ha sido suficientemente destacado es el grado en que ese imaginario se alimentó de las prácticas vinculadas al uso de artefactos impresos durante la "Gran Clandestinidad". La propia travesía material del texto aprista dejó a su paso un tendal de efectos de sentido que contribuyó en importante medida a colorear el campo de representaciones políticas del período. En los recuerdos de otro militante, la impresión de **La Tribuna** en un escondite frente a la Prefectura de El Callao "era una verdadera joya de audacia así como una estimulante burla pues se pasaba con los paquetes que la contenían en las barbas de los soplonos".⁶¹ Y una similar orientación de desafiante socarronería y de afirmación en la adversidad presidió otros eventos de la resistencia aprista vinculados a la vida de los objetos impresos, como el siguiente relatado por Nicanor Mujica:

A mí me tocó vivir una anécdota curiosa, llegó de Colombia el presidente Santos [Eduardo Santos, primer mandatario colombiano entre 1938 y 1942, nota de MB], y el Presidente electo fue a ver la procesión del Señor de los Milagros, a una casa donde yo estaba y dejó su abrigo colgando en una percha, yo ni corto ni perezoso agarré una

56 Entrevista a Teresa Claros, El Callao, 3 de marzo de 2012.

57 Entrevista a Leonor y Vicky Seoane, Lima, 28 de marzo de 2014.

58 Cfr. Carlos Aguirre, "El pensamiento entre rejas: intelectuales peruanos y la experiencia de la prisión", en Carlos Aguirre y Carmen Mc Evoy (eds.), **Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX)**, Lima, IFEA e Instituto Riva-Agüero, 2008. Aguirre es autor también de un incisivo ensayo sobre la experiencia carcelaria de la militancia aprista, en el que se incluyen valiosas referencias a la fabricación y circulación de objetos impresos como una de las modalidades de fortalecimiento de la identidad partidaria. Ver Carlos Aguirre, "Hombres y rejas. El APRA en prisión", **Bulletin de l'Institut français d'études andines**, Vol. 43º, n 1, 2014.

59 Orestes Romero Toledo, **EL APRA. Crónica de una esperanza. Relato de un militante**, Lima, J. C. Editores, 1994, p. 21. Sobre el aporte infante-juvenil al aprismo, **Cascabel** ironizaba en su habitual estilo: "Si se acordara el voto a los bebés, el Partido Aprista ganaría abrumadoramente todas las elecciones que se realizaran (...) Marx dijo que la emancipación de los trabajadores sería obra de los trabajadores mismos. Pero Haya de la Torre estima que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los adolescentes que aún estudian primaria y media en los colegios..." (**Cascabel**, n° 35, Lima, 6 de mayo de 1935).

60 Ver, entre otros trabajos: Jeffrey Klaiber, **Religión y Revolución en el Perú, 1824-1976**, Lima, Universidad del Pacífico, 1980; Imelda Vega-Centeno, **Aprismo Popular. Cultura, religión y política**, Tarea, Lima, 1991; Ricardo Melgar Bao, **Redes e imaginario del exilio en México y América Latina: 1934-1940**, Buenos Aires, LibrosEnRed, 2003; Patricia Funes, "El APRA y el sistema político peruano en los años treinta: elecciones, insurrecciones y catacumbas", en Waldo Ansaldo (ed.), **Tierra en llamas. América Latina en los años 1930**, La Plata, Ed. Al Margen, 2002; Carlos Aguirre, "Hombres y rejas. El APRA en prisión", *op. cit.*

61 Entrevista de Blasco Bazán Vera al militante aprista "Ricardo", El Callao, febrero de 1984 (disponible bajo el título de "El APRA en los años de clandestinidad" [sic] en xa.yimg.com/kq/groups/22646388/1829897013/.../APRA+EN+CATACUMBAS.docx)

Tribuna y se lo metí al bolsillo, cuando el presidente de Colombia fue a ponerse su abrigo, en el Hotel Bolívar, se encontró con la **Tribuna** en el bolsillo, entonces inmediatamente este hombre se quedó bastante sorprendido de la fuerza del partido.⁶²

En suma, en ese cúmulo de usos de los textos se condensaban valencias caras al tipo de cultura política que el aprismo adquirió de modo progresivo desde inicios de los años '30. En algunas ocasiones, como acabamos de ver, un espíritu provocadoramente burlón vinculado a episodios de fabricación y aparición subrepticia de esos impresos debió oficiar de acicate para, a través de la transmisión por vía oral de esas historias, elevar jactanciosamente el temple de la militancia. En muchas otras, tanto las prácticas de circulación de impresos como los relatos destinados a comunicarlas, vehiculizaban imágenes de disciplina, abnegación y sacrificio, todos núcleos de significación que la dirigencia del APRA —y en especial Haya de la Torre— buscaban afanosamente inculcar en la militancia. Las propias formas de presentación y las estéticas de las publicaciones clandestinas que proliferaron en numerosas regiones del país colaboraban en la transmisión de esas nociones, y las asociadas a los martirios pasados y posibles redenciones futuras. Como ya ha sido sugerido, **La Tribuna** fue un símbolo de primer orden cuya sola mención sintetizaba esas coordenadas morales. Y otros órganos las evocaban incluso desde sus propios nombres. En Trujillo, entre mediados de los años '30 y primeros de los '40 circuló el periódico **Chan Chan**, un apelativo que hacía referencia tanto a la conocida fortaleza incaica como, de modo más inmediato, al sitio en el que durante la revolución de julio de 1932 habían sido fusilados un número indeterminado de simpatizantes apristas (cientos, según la narrativa partidaria). En Arequipa, uno de los periódicos se titulaba **Búfalo**, una alusión directa al aguerrido militante "Búfalo" Barreto —líder de la insurrección de Trujillo que cayó bajo las balas al comienzo de la asonada—, y el término que desde esos años serviría para graficar un tipo de militante del que el APRA haría gala: temerario, decidido, bravucón, en el límite casi un matón (al menos para los detractores, que utilizarían esa misma figura para denigrar al aprismo). Y casos de otros medios gráficos, varios de ellos hoy absolutamente olvidados, pueden añadirse a esta lista. En síntesis, lo que se quiere resaltar con todas estas referencias es que la tramitación de los códigos que idealmente habrían de reglar las subjetividades de la militancia aprista tuvo uno de sus escenarios privilegiados en las prácticas y representaciones vinculadas al mundo de los impresos.

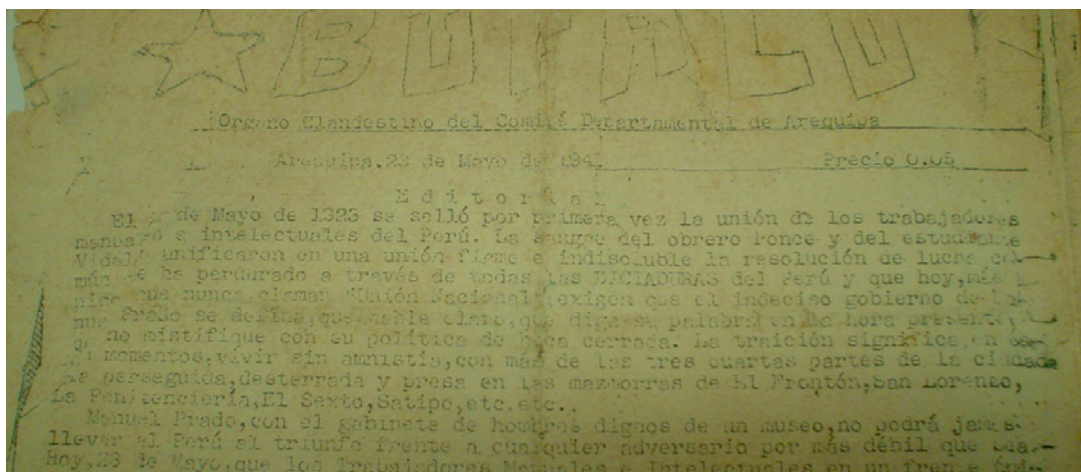


Fig. 3. Ejemplar de **Búfalo**, órgano clandestino del aprismo arequipeño.

62 Nicanor Mujica, "Periodismo clandestino. Historia y actualidad", *op. cit.*, p. 10.

VI

En el apartado anterior pudo empezar a vislumbrarse como, durante el período que retiene nuestra atención, el imperativo de la circulación subordinaba la lectura del texto aprista a otros fines de mayor trascendencia y significación. Para dar basamento a esta conjetura, en esta sección nos detendremos en una serie de indicios que otorgan mayor asidero a la hipótesis principal que hemos querido presentar. En la mirada que proponemos, en su copiosa presencia clandestina, y sobre todo en su permanente tránsito a través de una multitud de manos anónimas, los impresos apristas fueron investidos de una aureola especial, y fungieron como artefactos que en su propia materialidad funcionaban como elementos galvanizadores de la militancia aprista. Como recuerda Price, en su calidad de objetos los libros pueden tanto unir como dividir a las personas y a los grupos.⁶³ En el caso de los textos asociados al APRA de la época de la “Gran Clandestinidad”, hemos sostenido que jugaron un rol primordial en la producción de comunidad (en la ratificación y ampliación del “nosotros” aprista) y en la propagación de la mística partidaria. Pero lo que nos interesa señalar —y allí reside lo más delicado de nuestro argumento— es que esa función se afirmó en desmedro relativo de la lectura de los textos que circulaban. A brindar fundamentos que apoyen más directamente esa presunción está dedicada la parte final de este artículo.

Una de las cartas de Haya de la Torre a Sánchez ofrece un párrafo de gran interés acerca del lugar del libro aprista durante el período que nos ocupa:

Ojalá tu amigo de Fireland recomendado por delmazo pueda traer unos ejemplares de **excomb., el Antiimperio, Adónde va**, Biografía, todo lo que no tengo ni he visto. Yo tendría discretísimo medio irlo a buscar (fémica encargada) y entonces paquete podría venir. Su equipaje es inviolable. Y libros son libros. Un buen lote sería estupendo... *Aquí no hay más que un ejemplar **Excombatientes** sin carátula que circula de mano en mano. Lo han leído más de 100 personas. Está con más grasa que Fuentes Aragón. Necesitamos aquí libros para repartir. Nuestra Biblioteca Circulante Aprista es un hecho real. En tranvías, cines, clubs, etc. Se dejan libros, revistas, periódicos, todo con su inscripción y sus instrucciones. “Leer y dar a leer” es el lema. Todo va así de mano en mano y hacemos obra efectiva. Por eso necesitamos libros y libros.*⁶⁴

El fragmento se presta a distintas suposiciones. Si fuera cierto que el único ejemplar que Haya dice disponer de su libro **Ex Combatientes y Desocupados** (volumen de más de 300 páginas) pasó por las manos de cien personas, es de dudar que todas ellas hayan podido leerlo con atención. En vez de ello, es posible imaginar que el texto del líder aprista, objeto doblemente aurático —por tratarse de la más flamante obra del jefe máximo publicada por una editorial extranjera que se sabía en manos del exilio aprista, y por su propia condición inmediata de libro perseguido en tierras peruanas—, debió haber circulado velozmente entre tantas personas no tanto por sus contenidos ideológicos o textuales, por lo demás no muy novedosos en relación a libros anteriores de Haya, sino por el magnetismo que de suyo le otorgaban las circunstancias. Sea como fuere, resulta interesante contrastar el fervor que según el relato del líder trujillano producía su texto arribado en escondites que burlaban la férrea censura del régimen, con la declaración de un librero recogida en una nota de **Cascabel** en 1935 según la cual “se había visto obligado a devolver los libros apristas porque no se vendían”.⁶⁵ Aunque esa indicación no es absolutamente fiable (la presencia de los textos del aprismo en librerías durante el período que consideramos merece una investigación particular), sí ofrece una pista relativa a que, como objeto integrado a un circuito comercial —y por tanto despojado del carácter heroico que le brindaba su circulación clandestina—, el libro aprista parecía perder al menos parte de su atractivo.

Podemos sumar una referencia análoga, proveniente de la ya citada conferencia de Nicanor Mujica sobre “periodismo clandestino”. En una de los episodios de los años ‘30 relatados allí por este importante dirigente aprista,

63 Leah Price, **How to do things with books**, *op. cit.*, p. 13.

64 Víctor Raúl Haya de la Torre a Luis Alberto Sánchez, Lima, marzo de 1937, en **Correspondencia**, *op. cit.*, p. 308 (el destacado me pertenece). Los libros aludidos por Haya en la carta son los que en esos años publicó Ercilla: **Ex Combatientes y Desocupados**, **¿Adónde va Indoamérica?** y **El Antiimperialismo y el APRA**, de su autoría; **Haya de la Torre o el político. Crónica de una vida sin tregua**, de Sánchez.

65 “Paseando entre revistas, libros y libreros”, **Cascabel**, n° 40, 10 de junio de 1935.

...se dio el caso una vez que se impartió la directiva de que "**La Tribuna**" se numeraran. Todos los que lo leían pusieran un número. El que la leía primero ponía el número uno, el dos el tres etc. etc., se daba el caso de que una **Tribuna**, había sido leída por 300, 400 y hasta 500 personas, que habían escrito con diferentes numeritos, por todas las manos, por las cuales había pasado.⁶⁶

El interesante caso ratifica la primacía de la circulación por sobre la lectura (de difícil o limitada concreción, si se atiende a las cifras centenarias mencionadas en el fragmento), y ofrece un elemento adicional a la consideración: la cuantificación de las personas por las que transitaban los objetos impresos involucrados en la aludida secuencia debió funcionar tanto como mecanismo de comprobación de la puesta en acto de la voz de orden que solicitaba el pasaje "de mano en mano", como sucedáneo de reunión para la comunidad identificada con el APRA en tiempos en que los mitines públicos se hallaban prohibidos. Operador de lazos de complicidad entre la militancia, en su continuo movimiento el texto aprista debió producir en sus transitorios portadores efectos de empoderamiento y de incentivo a la acción.

Un tercer indicador que es posible adicionar como aval a la hipótesis del desplazamiento de la lectura en la literatura aprista proviene una vez más del periódico **Cascabel**. En un artículo de una de sus ediciones de 1935 podía leerse lo siguiente:

Es necesario establecer diferencias entre los apristas. Los líderes actúan conscientemente. Los de la masa actúan impulsados por su fanatismo, por su fe ciega, por su credulidad ingenua. *Los que regentan una imprenta clandestina; los que recogen artículos escritos para trabajarlos e imprimirlos con gran esfuerzo, no son los verdaderos culpables. Obran como autómatas, inspirados por aquellos a quienes consideran infalibles; por aquellos en quienes tienen absoluta confianza.*⁶⁷

Aunque la descripción que se ofrece en el párrafo está teñida de la mencionada animadversión que el órgano dirigido por Federico More tenía para con el APRA, y de un cierto elitismo vinculado a un tipo de periodismo cultor del desparpajo y la toma de posición irónica y zahiriente (un estilo que **Cascabel** asumía con arrogancia, y que era deudor de las modalidades de la prensa satírica), el punto de vista que trasluce el artículo tocaba un real de las formas que la cultura militante aprista había ido asumiendo a lo largo de la década del '30. Desde este ángulo, las relaciones con el mundo de los impresos se alejaban de la "política de ideas" que el APRA había pretendido encarnar en sus momentos primigenios, y se acomodaban a un uso ritualizado de los textos en tanto objetos materiales.

Otro atisbo que abona nuestra postura lo hallamos en un testimonio producido muy posteriormente al período de la "Gran Clandestinidad". En el número de homenaje a los 30 años de vida de **La Tribuna**, un viejo militante recordaba la existencia coetánea del tipo de pequeños periódicos partidarios que ya hemos mencionado y que, elaborados artesanalmente, abundaban en provincias. La publicación correspondiente al departamento de Amazonas, aludida en las remembranzas del veterano aprista, llevaba por nombre **Fuego**:

Nos encontramos en julio de 1934. Benavides ha desatado su feroz persecución contra los apristas. **Fuego**, empero, no deja de salir. Desde bases clandestinas sus ediciones se multiplican y *cada ejemplar es leído por decenas de personas; tanto, que las últimas en leerlo tienen que hacer verdaderos esfuerzos visuales porque el excesivo uso los pone en situación de semilegibilidad (...)* De esta manera, el fervor popular por la causa del Partido se mantiene encendido, y las gentes cuentan con un órgano de orientación y denuncia.⁶⁸

Nuevamente aquí encontramos una referencia relativa a la circulación multitudinaria de un objeto textual singular. Pero el dato interesante que el testimonio agrega es la deficiente legibilidad del elemento en cuestión, por efecto de su "excesivo uso" (combinado a su baja calidad de impresión). De ello es posible deducir algo que el fragmento

66 Nicanor Mujica, "Periodismo clandestino. Historia y actualidad", *op. cit.*, p. 9. Señalo de nuevo que, como en otras fuentes citadas en este trabajo, reproduzco textualmente el documento de la conferencia de Mujica.

67 "Desde su escondite, el líder máximo anima a sus correligionarios presos", **Cascabel**, n° 17, Lima, 3 de abril de 1935 (subrayado mío).

68 César García Augusto, "Una ojeada hacia atrás", **La Tribuna**, edición conmemorativa, 16 de mayo de 1961 (subrayado mío).

no dice: que la lectura no era el fin principal de este tipo de materiales, que por eso podían circular en las condiciones de deterioro mencionadas.

Esa idea es ratificada en otros testimonios. Interrogado acerca de las formas en que era distribuida **La Tribuna** durante la “Gran Clandestinidad”, el histórico dirigente Armando Villanueva del Campo (1915-2013) dejaba fluir espontáneamente los siguientes recuerdos:

Llegaba a San Marcos el compañero Debarbieri, gran líder juvenil fallecido hace poco, y en el patio de Derecho entregaba un paquetito [de ejemplares de **La Tribuna**]. Y en el patio de Letras o de Ciencias, otro paquetito. No se abrían en la Universidad, sino que cada cual lo llevaba a su distrito. ¿Y qué se hacía? A veces lo leían los compañeros, pero generalmente se colocaban debajo de la puerta de gente que sabíamos que podían simpatizar; o que eran enemigos, para provocar.⁶⁹

Como se observa, en el relato de Villanueva se señala al pasar, pero de modo explícito, que la lectura no era la práctica más habitual dentro de los usos que la militancia hacía de artefactos como **La Tribuna**. Y que uno de esos empleos tenía que ver con una dimensión que mencionamos anteriormente: la de la burla y la provocación como pequeños triunfos simbólicos que, en la auto-representación militante, vigorizaban al partido.

Finalmente, señalemos un elemento de mayor envergadura. A fines de los años '30, en un notable giro en relación a su antiimperialismo de origen, Haya de la Torre proclama que la nueva configuración de las relaciones con los Estados Unidos merecía una nueva denominación: la de “interamericanismo democrático sin imperio”. La fórmula es proclamada en **La Tribuna**, y varios medios de prensa del continente recogen también su eco. Pero también lo hacen las publicaciones apristas que se imprimen clandestinamente en provincias. Es el caso, por ejemplo, de **Búfalo**, **Trinchera** (como la anterior, también de Arequipa) y **Chan-Chan**. En esos órganos el principio del interamericanismo sin imperio es ampliamente divulgado.⁷⁰ Y lo interesante es que en todo ese período no hay registros (al menos yo no los conozco) de disidencias o discusiones ideológicas motivadas por el abandono de la perspectiva antiimperialista. Ciertamente que no solo en el APRA la política de la buena vecindad rooseveltiana, y la amenaza mundial de los fascismos, habían puesto un paréntesis al antiyanquismo de antaño. Pero aun así, no deja de ser un dato la ausencia de todo debate en relación al nuevo horizonte estratégico promovido por Haya. Cuando a comienzos de los años '50, al calor del ingreso de una nueva generación intelectual y militante, sí se producen en filas apristas acaloradas polémicas y sonadas rupturas y desertiones, algunas voces llamarán la atención acerca de la falta de discusión que había imperado durante la “Gran Clandestinidad”. En un documento de un efímero “Frente de Izquierda del APRA”, se podía leer lo siguiente:

En los largos años que mediaron entre la primera proscripción del APRA —1932— hasta cuando irrumpe legalizado en la acción política —1945— se había producido de una parte la quiebra del pensamiento teórico fundamental (...) en la confianza de que H. de la T. era el mismo revolucionario de siempre, se sacrificó aquello que se consideró formal: el pensamiento doctrinario.⁷¹

Esa ausencia de debate de ideas que se mencionaba quince años después, parece ser una señal más de un uso de los impresos en el que la lectura no ocupaba el primer plano.

69 Entrevista a Armando Villanueva del Campo, Lima, 2 de marzo de 2012 (énfasis mío).

70 “El Plan Haya de la Torre para la afirmación de la democracia en las Américas. Inter-americanismo democrático sin imperio”, **Búfalo**, Arequipa, 19 de octubre de 1941; “Inter-americanismo democrático sin imperio: fórmula salvadora”, **Trinchera. Órgano revolucionario de la JAP**, n° 1, Arequipa, 19 de diciembre de 1941; “El ‘Plan Haya de la Torre’ para la afirmación de la Democracia en las Américas. ‘Interamericanismo democrático sin imperio’”, **Chan-Chan**, n° 332, Trujillo, 9 de agosto de 1941.

71 “A los compañeros del Partido, perseguidos, presos y desterrados y a las fuerzas progresistas del Perú”, Frente de Izquierda del APRA, Buenos Aires y México, 1954 (Fondo Orestes Romero Toledo, CeDInCI).

VII

En su ensayo “El Anti-Rodó”, compuesto en 1933 y publicado en el volumen **Aprismo y Religión**, Luis Alberto Sánchez invocaba, para la etapa que le tocaba transitar, el legado de aquellos que “rindieron pleitesía a la vida, no al libro”.⁷² El *dictum* era un modo de eyectarse de las disposiciones intelectuales que habían sido suyas en la década anterior (operación de crítica y también de autocrítica que encontrará su coronación en uno de sus más conocidos libros, **Balance y liquidación del novecientos**).⁷³ Pero esa tesis entonces apenas emergente, que brinda un punto de vista complementario sobre el tema que ha dado materia a este texto, puede ser leída más en general como un índice de la toma de distancia no sólo de Sánchez con su trayectoria reciente, sino del APRA *in toto* con la cultura política que había alumbrado sus orígenes en los años '20.

Y es que, vista en perspectiva, la transformación en la función de los textos impresos sobre la que hemos abundado aquí, ofrece a nuestro juicio un punto de mira que permite captar la transformación más general que se operaba en el aprismo: la del pasaje de una cultura política moldeada aún en el énfasis en la ilustración y las ideas, a otra que reconoció en el movimiento liderado por Haya de la Torre una de las primeras y más acabadas expresiones de la tradición populista latinoamericana.

72 Luis Alberto Sánchez, “El Anti-Rodó”, en **Aprismo y Religión**, Lima, Editorial Cooperativa Atahualpa, 1933, p. 46.

73 De allí que concluyera del siguiente modo “El Anti-Rodó”: “Uno de mis mayores orgullos es haber comprendido a tiempo la oquedad del intelectualismo profesional, y haber palpitado al unísono con los trabajadores manuales y con los estudiantes; haber sentido su aliento y haberme dejado guiar por su infalible sentido de justicia y de vida. Le debo esa gratitud a mi partido”. *Ibid.*, pp. 46-47.

“Vamos a quitarle el frac al libro, vamos a ponerlo en mangas de camisa” El proyecto editorial *Populibros peruanos (1963-1965)*

Carlos Aguirre*

Introducción

El 16 de Julio de 1963, y precedidos por una masiva campaña publicitaria, salieron a la venta en Lima los cinco primeros títulos de la colección “Populibros Peruanos”.¹ Hacia mediados de 1965, dos años después, se había publicado un total de 64 títulos y se había vendido aproximadamente un millón de ejemplares. Entre los autores incluidos en la colección figuran algunos clásicos de la literatura universal (William Shakespeare, Edgar Allan Poe, Jean Paul Sartre, Ernest Hemingway, Gustave Flaubert, Anton Chejov), autores peruanos y latinoamericanos ya consagrados (Miguel Ángel Asturias, Ciro Alegría, Alejo Carpentier, José María Arguedas, Sebastián Salazar Bondy.) y jóvenes autores peruanos que luego tendrían destacadas trayectorias literarias (Mario Vargas Llosa, Luis Loayza, Enrique Congrains y otros). El creador de la que ha sido considerada una de las más importantes iniciativas editoriales en la historia peruana fue Manuel Scorza, poeta, novelista y empresario que había liderado, entre 1956 y 1960, los “Festivales del libro”, un esfuerzo multinacional para publicar libros a precios muy bajos y ponerlos en manos de cientos de miles de lectores. El proyecto “Populibros” fue un continuador directo de los “Festivales”, aunque restringido solo al Perú. En años recientes, “Populibros” se ha instalado en el imaginario colectivo como una referencia importante en la historia de la industria editorial peruana. En 2014 se hizo una exhibición en la Casa de la Literatura Peruana con ocasión del cincuentenario de la colección, en 2016 se incluyó la experiencia de “Populibros” dentro de la muestra “La página blanca entre el signo y el latido. La edición del libro literario (1920-1970)” en el mismo recinto, y un grupo de aficionados y admiradores de “Populibros” ha creado una cuenta en Facebook con fotos y comentarios sobre la colección.² Todos los biógrafos y estudiosos de Scorza resaltan, al lado de su obra como poeta y novelista, sus esfuerzos por llevar los libros a las masas a través de los “Festivales del Libro” y “Populibros”.

Sin negar sus méritos me propongo en este artículo realizar un acercamiento más crítico al proyecto de “Populibros”. Durante mucho tiempo se ha celebrado, con comprensible entusiasmo, el empeño de Scorza por abaratar los libros y permitir que personas de escasos recursos (estudiantes, obreros, campesinos) tuvieran acceso a obras de indudable valor literario e histórico. Al mismo tiempo, algunos detractores de Scorza se han concentrado en las supuestas acciones inescrupulosas del editor. Aunque ambas aproximaciones son legítimas y contienen mucho de verdad, hay otros aspectos del proyecto “Populibros” que no han sido estudiados sistemáticamente y que pueden

* Universidad de Oregon. La frase entrecorrida en el título era usada por Manuel Scorza para referirse al proyecto materia de este artículo, según testimonio de don Alfonso Ragas.

1 Este era el nombre completo de la colección, tal como aparece en las portadas de cada libro y en los avisos publicitarios de la época. Para simplificar nos referiremos a ella en lo sucesivo como “Populibros”. Quiero expresar mi agradecimiento a Pedro Guibovich, Augusto Wong Campos, Luis Rodríguez Pastor, José Ragas, Jorge Coronado, Alejandro Sust y Jorge Coaguila, quienes me han facilitado información, referencias, fotografías, críticas y sugerencias. Víctor Avalos me ayudó a conseguir valiosos materiales hemerográficos. Martín Bergel se interesó por este trabajo y me invitó a publicarlo en **Políticas de la Memoria**. Una versión preliminar se presentó en el congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA) en San Juan, Puerto Rico, en mayo de 2015. Agradezco las preguntas y comentarios del público que asistió a mi presentación y muy especialmente, de mi colega Robert Buffington.

2 <<https://www.facebook.com/populibrosperuanos>>

arrojar luces sobre una iniciativa que no siempre cumplía con los estándares mínimos de calidad y rigor editorial. Aunque Scorza se esforzaba por presentar su proyecto como una suerte de apostolado o cruzada que buscaba acercar la literatura a las clases menos favorecidas de la sociedad, su empeño por abaratar costos y vender tantos libros como fuera posible para masificar la cultura lo llevó a incurrir en una serie de descuidos editoriales que revelan, paradójicamente, un cierto desdén por la cultura y por los supuestos beneficiarios del proyecto.

El caso de “Populibros”, por otro lado, nos permite también poner sobre el tapete el siempre complicado tema de la relación entre la cultura letrada y la cultura de masas. Un proyecto que buscaba llevar los libros a los obreros y campesinos no dejaba de colocarse en una tradición letrada y occidental que no cuestionaba lo que ella representaba en un país con una mayoría indígena, quechuahablante y sin acceso a una educación formal que le permitiera también aproximarse a esas expresiones culturales consideradas “universales” e “imprescindibles”. Detrás del proyecto “Populibros” existía una concepción de la cultura que ponía al libro como referente central y, al hacerlo, reflejaba y reproducía, quizás sin quererlo, una visión jerárquica y hasta paternalista de las manifestaciones culturales.

El mundo editorial peruano en la década de 1950

En 1954, el escritor Sebastián Salazar Bondy escribió que “publicar aquí es tirar el dinero a la calle. El libro peruano, falto de todo atractivo exterior, modesto y caro al mismo tiempo, está condenado a fracasar”.³ Juicios rotundos como este suelen ocultar excepciones y matices, pero lo cierto es que la industria editorial peruana hacia mediados de la década de 1950 no estaba en condiciones de competir en calidad y cantidad con las de otros países como México y Argentina. Las ediciones eran pocas en número y cortas en tiraje, y apenas si tenían circulación fuera de las fronteras del país —incluso, podríamos agregar, fuera de Lima.

La situación del libro y la lectura en el Perú preocupaba a los intelectuales de la época. En un artículo publicado en 1958 a raíz de los “Festivales del Libro”, el propio Salazar Bondy ahondó en el panorama sombrío que había dibujado unos años antes: encontraba “vergonzoso” que el Perú estuviera entre los países con más alto índice de analfabetismo en la región, y se lamentaba que aquellos que podían leer no lo hicieran y ni siquiera consumieran lo que él llamaba “literatura chirle”, es decir, obras de escasa trascendencia y dudosa calidad. Salazar Bondy señalaba al radioteatro y al cine “chabacano” entre los culpables del poco interés por la lectura. Y aunque celebraba el éxito de los “Festivales del libro” anotaba que el futuro de la industria editorial peruana no podía depender de ese tipo de iniciativas: la solución real y duradera estaba en mejorar la educación para evitar que los niños practicasen la lectura como un “acto mecánico” y para estimular su imaginación “a partir de las ideas, conceptos e imágenes que le trasmite el texto escrito”.⁴ Años más tarde, en 1965, el poeta Francisco BendeZú llamaba la atención sobre los esfuerzos por promover la lectura en un país con un 40% de analfabetismo y encontraba “conmover y emocionante ver a los muchachos de las Grandes Unidades Escolares —juventud de escaso poder económico— desprenderse alegremente de sus ahorros para adquirir los variadísimos títulos que han publicado en ediciones populares algunos entusiastas editores nacionales: Bonilla, Congrains, Mejía Baca, Scorza, entre otros”. Al mismo tiempo, BendeZú constataba que la mayor parte de lectores consumía literatura “de masas”, es decir, periódicos, revistas y novelas de aventuras o románticas como las que escribía Corín Tellado, y reclamaba la creación de una gran editorial del estado y una activa alfabetización y promoción del bilingüismo entre la población quechuahablante.⁵

Los textos de Salazar Bondy (1954) y BendeZú (1965), pese a su tono algo pesimista, enmarcan una década en la que existieron importantes iniciativas editoriales que coincidieron en el tiempo y en sus objetivos de masificar la lectura. Algunas de ellas se materializan a partir de 1956, cuando al caer la dictadura de Manuel A. Odría retornan los exiliados (muchos de ellos intelectuales en busca de un sustento económico) y se respiran aires algo más frescos en el mundo cultural peruano, pero en realidad la transformación de la industria editorial peruana había empezado unos años antes. La llegada al Perú de maquinaria para impresión “offset” desde comienzos de la década de 1950 representó un impulso notable para la industria editorial.⁶ José Bonilla Amado lanzó su colección

3 Gérald Hirschhorn, **Sebastián Salazar Bondy. Pasión por la cultura**, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Embajada de Francia e Instituto Francés de Estudios Andinos, 2005, p. 69.

4 Sebastián Salazar Bondy, “La lectura, la vida y la muerte”, **La Prensa**, Lima, 29 de mayo de 1958, p. 12.

5 Francisco BendeZú, “Lectura y lectores en el Perú”, **Oiga**, n° 156, 30 de diciembre de 1965, pp. 20-21.

6 Luis Guevara y Adrián Gechelín, **Historia de la gráfica en el Perú**, Lima, Kartel, 2001, pp. 118-122.

“Nuevos rumbos”, por ejemplo, en la que publicaría, en ediciones de bolsillo, a autores como Julio Ramón Ribeyro (**Cuentos de circunstancias**, 1958), José Durand (**La transformación social del conquistador**, 1958) y César Miró (**La ciudad del río hablador**, 1959). Enrique Congrains Martin incursionaría también en el negocio editorial con la colección “Círculo de novelistas peruanos”, que desde 1955 editó a autores como Abraham Valdelomar, Julio Ramón Ribeyro, José Diez Canseco y el propio Congrains Martin, cuya novela **Lima, hora cero** apareció por primera vez en esa colección en 1955. Congrains fue un activo promotor del libro: “asmático pero infatigable, pulverizador de efedrina en mano, vendía de la mañana a la noche en tiendas, escuelas y ministerios”.⁷ El poeta Gustavo Valcárcel dirigió la “Editora Perú Nuevo”, que publicaría ediciones populares de César Vallejo, del propio Valcárcel y de otros autores. Desde la década anterior, los editores Juan Mejía Baca y P. L. Villanueva se habían esforzado por difundir el interés por la lectura y publicaron importantes libros de autores peruanos. En 1956 ambos crearon el “Premio Nacional de Novela”, cuya primera versión tuvo como ganadora a la novela de Francisco Vegas Seminario **Taita Yoveraqué**. En 1960, con el auspicio del diario **El Comercio** y el apoyo de empresas privadas, librerías y editoriales, se lanzó una “Campaña del libro” que premiaba con un viaje a París a la persona ganadora de un sorteo entre los compradores de libros. Estas y otras iniciativas permitieron que, por ejemplo, el número de títulos publicados en el Perú aumentara de 90 en 1954 a 246 en 1959.⁸ No se trató de esfuerzos concertados, y aunque hubo mucha colaboración entre editores e impresores, no siempre las relaciones fueron armoniosas. Es al interior de este panorama lleno de inquietudes y esfuerzos que se lanzará, primero, el proyecto de “Festivales del Libro” en 1956 y años más tarde, en 1963, “Populibros peruanos”.

Manuel Scorza: de poeta exiliado a editor

Manuel Scorza⁹ había nacido en Lima en 1928 dentro de una familia de clase trabajadora. Cuando tenía seis años la familia se trasladó a Huancavelica y más tarde regresaría a Lima, donde su padre trabajó vendiendo diarios en un kiosko. Scorza atribuyó su pasión por los libros y la labor editorial a su experiencia como lector de revistas y diarios mientras ayudaba a su padre en el kiosko.¹⁰ Estudió sus últimos tres años de secundaria en el Colegio Militar Leoncio Prado y luego ingresó a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde empezó a escribir poesía, participó en círculos literarios y mostró, como muchos jóvenes de esa época, un gran interés por la política. Los estudiantes e intelectuales de su generación pertenecían por lo general al Partido Comunista o al Partido Aprista, y se estrenaron en la política durante la dictadura presidida por el general Manuel Odría (1948-1956). Scorza formó parte de un grupo conocido como los “Poetas del Pueblo”, vinculado al Partido Aprista, del que también formaron parte, entre otros, Gustavo Valcárcel, Alberto Valencia, Mario Florián y Julio Garrido Malaver.¹¹ Luego del golpe militar de Odría en octubre de 1948 muchos de esos jóvenes militantes sufrieron prisión y/o tuvieron que partir al exilio. Scorza vivió en México donde desempeñó oficios tan diversos como operario en una lavandería y corrector de pruebas para editoriales locales, pero también publicó poesía y algunos ensayos políticos en revistas mexicanas.¹² En 1954, como tantos otros militantes, abandonó el Partido Aprista debido a las posturas cada vez más conservadoras de Haya de la Torre y otros dirigentes, y luego escribiría una famosa carta (“Good bye Mister Haya”) en la que acusaba al fundador e ideólogo del APRA de haber traicionado los principios antimperialistas con los que surgió en la política continental en la década de 1920. En 1956, al terminar la dictadura de Odría, Scorza retornó al Perú. Ese mismo año ganó el Premio Nacional de Poesía.

7 Carlos E. Zavaleta, citado en Gérald Hirschhorn, Sebastián Salazar Bondy, *op. cit.*, p. 79.

8 Gérald Hirschhorn, **Sebastián Salazar Bondy**, *op. cit.*, p. 71.

9 Su verdadero apellido era Escorza. Según él mismo, una errata en el primer libro que publicó en México eliminó la primera letra y a partir de entonces empezó a usar “Scorza” como apellido.

10 Manuel Scorza, “Testimonio de vida”, entrevista de Roland Forgues y Gregorio Martínez, en Manuel Scorza, **Poesía**, Lima, Munilibros, 1986, pp. 5-27.

11 Scorza intentó más tarde, en tono más bien juguetón, minimizar su militancia en el Partido Aprista diciendo que en realidad lo deportaron porque había publicado un poema en el diario aprista **La Tribuna**. Cuando Cristina Pacheco le preguntó en 1978 por qué había estado en la cárcel antes de salir al destierro, Scorza contestó: “Por equivocación. Por esos años yo era un oscuro militante de un diario político del partido aprista al que hoy tanto combato. (...) En el último número que publicó ese periódico y que apareció el 3 de octubre de 1948 —día en que el APRA se sublevó contra el gobierno— yo publiqué un poema de amor (...) se dio orden de capturar a todos los colaboradores del diario, entre ellos a mí. Como ves, ha sido el poema más caro del mundo: costó un año de cárcel y siete de exilio”. Cristina Pacheco, **Al pie de la letra**, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 100. En su artículo “Fe de erratas”, publicado póstumamente, escribiría: “Yo no era conspirador, ni revolucionario, ni nada; simplemente estaba enamorado de Nora Seoane, y le había dedicado un poema de amor”. **El País**, Madrid, 5 de diciembre de 1983.

12 Manuel Scorza, “Fe de erratas”, *op. cit.* Su primer libro de poemas, **Las imprecaciones**, se publicó en México en 1955, por la editorial El viento del pueblo.

Poco después de regresar a Lima puso en marcha un proyecto para publicar libros baratos en ediciones masivas que permitieran a los sectores menos pudientes acceder a obras clásicas de la literatura peruana, latinoamericana y universal. Scorza diría años más tarde que la inspiración detrás de esta iniciativa fue la “enorme influencia” que tenían sobre las clases populares de México aquellos libros que promovían la identidad nacional, especialmente los que se publicaron durante el período en que José Vasconcelos fue Secretario de Educación.¹³ Scorza rechazaba la idea de que las clases populares no estaban interesadas en la cultura o en los libros: sabía por propia experiencia, afirmó, que la principal razón por la que la gente no leía era el alto costo de los libros. La solución, por tanto, era publicar libros accesibles para los trabajadores y las clases populares. No trataba de hacer dinero, insistió: sólo estaba cumpliendo una misión social.¹⁴ Con la ayuda económica del banquero y mecenas Manuel Mujica Gallo y la colaboración de editores como Juan Mejía Baca y P. L. Villanueva, formó el “Patronato del libro peruano”, cuya directiva incluía a Mujica Gallo como Presidente y a Manuel Scorza como Coordinador General.¹⁵ El principal proyecto del patronato fue la organización de los “Festivales del libro”, para lo cual se creó una “Organización continental de los festivales del libro” también presidida por Mujica Gallo y con Manuel Scorza como Director General.¹⁶ En diciembre de 1956 Scorza lanzó el “Primer Festival del libro” en el Perú.¹⁷ La primera serie de 10 títulos incluyó autores importantes del canon literario y ensayístico peruano como el pensador marxista José Carlos Mariátegui, el cronista mestizo Garcilaso de la Vega, el tradicionalista Ricardo Palma y el poeta César Vallejo. La segunda, tercera y cuarta series fueron publicadas en julio de 1957, diciembre de 1957 y julio de 1958 respectivamente. Mientras las primeras dos series solo incluyeron autores peruanos, las dos siguientes incorporaron a autores extranjeros como Pablo Neruda, Alejo Carpentier, Rómulo Gallegos y otros. Los tirajes de cada serie, según la información que aparece en algunos libros de la colección, fueron de 10 mil, 15 mil, 50 mil y 25 mil respectivamente, con un total de ejemplares vendidos que alcanzaba el millón.¹⁸ Un uso eficiente y creativo de la publicidad, la venta directa a los consumidores y la participación de algunos autores en la difusión de los libros, fueron algunas de las estrategias de marketing que, sumadas al bajo costo de los libros, ayudan a explicar el enorme éxito de los “Festivales del Libro”.¹⁹ Como le escribió Scorza a Juan Liscano, director del proyecto en Venezuela, “la única fórmula posible es ‘vender más, en poco tiempo, en muchas partes’”, frase que al parecer el propio Liscano había acuñado.²⁰ Según Hirschhorn, se organizaron también entre 1958 y 1959 festivales en provincias (Arequipa, Cuzco, Trujillo, Piura, Puno) así como festivales temáticos (Escritoras peruanas, Libro pedagógico, Literatura revolucionaria, Literatura romántica) y dos dedicados a autores peruanos clásicos.²¹ Entre 1958 y 1960 el proyecto se extendió a Ecuador, Colombia, Venezuela y Cuba, publicó un total de 120 títulos y se vendieron tres millones de libros.²² Según Scorza, se pagaron regalías extraordinarias a los autores, gracias a los altos tirajes y volúmenes de venta.²³ Luego el proyecto empezó a mostrar sus limitaciones: el intento de reproducir el modelo en México y Brasil fracasó,²⁴ hubo pugnas y fricciones con editores peruanos, y finalmente

13 Manuel Scorza, “Testimonio de vida”, *op. cit.*

14 *Ibidem.*

15 Entre los miembros del patronato se hallaban también destacados intelectuales como Estuardo Núñez, Jorge Puccinelli, Sebastián Salazar Bondy, Alberto Tauro del Pino y Luis E. Valcárcel, entre otros.

16 La directiva incluía además a Alejo Carpentier como Sub-Director General y un Director para cada uno de los seis países participantes (Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Cuba y México). Esta información aparece en una tarjeta que se exhibió en la Casa de la Literatura Peruana dentro de la muestra “La página blanca entre el signo y el latido. La edición del libro literario (1920-1970)”, Lima, Agosto 2016. Sobre estos proyectos ver Dunia Gras, “Manuel Scorza y la internacionalización del mercado literario latinoamericano: del Patronato del Libro Peruano a la Organización Continental de los Festivales del Libro (1956-1960)”, *Revista Iberoamericana*, n° 197, octubre-diciembre 2001, pp. 741-754.

17 “Declara Manuel Scorza. El Patronato ha cumplido”, “El Dominical”, Suplemento de *EL Comercio*, 09/12/1956.

18 Ver también Dunia Gras, “Manuel Scorza y la internacionalización”, *op. cit.*, p. 746.

19 En diciembre de 1957, por ejemplo, para el lanzamiento de las “Ediciones populares” que publicaron Juan Mejía Baca y P. L. Villanueva estuvieron presentes Pablo Neruda, Jorge Icaza y Ciro Alegría, quien vino especialmente desde Cuba donde vivía en ese momento. Sobre la presencia de Ciro Alegría, ver Dunia Gras, “Manuel Scorza y la internacionalización”, *op. cit.*, p. 748. Sobre la visita de Neruda ver Daniel Schidlowsky, *Las furias y las penas. Pablo Neruda y su tiempo*, Santiago de Chile, RIL Editores, 2008, Vol. 2, p. 975.

20 Carta de Manuel Scorza a Juan Liscano, 23 de marzo de 1959, reproducida en Dunia Gras Marivet, *Manuel Scorza, un mundo de ficción*, Tesis doctoral, Universidad de Barcelona, 1998, p. 680.

21 Gérald Hirschhorn, Sebastián Salazar Bondy, *op. cit.*, pp. 82-86. La relación entre estos “Festivales” en provincias y la organización liderada por Scorza no es del todo clara. Los libros publicados en el “Festival del Libro de La Libertad”, por ejemplo, aparecen editados por “Cuadernos trimestrales de poesía” e impresos en los Talleres Gráficos de la Imprenta Minerva, en Lima.

22 Dunia Gras, “Manuel Scorza y la internacionalización”, *op. cit.*, p. 751.

23 Rómulo Gallegos habría recibido del “Festival del libro venezolano” el equivalente a 600.000 soles (aproximadamente 25.000 dólares) como regalías. Ver “Un millón de libros peruanos. Reportaje a Manuel Scorza”, *EL Comercio*, Lima, 16 de julio de 1963.

24 Alejo Carpentier intentó conseguir que Carlos Fuentes ayudara a Scorza para lanzar el proyecto en México. En una carta del 20 de setiembre de 1959 se expresó en los siguientes términos: “Le lleva esta carta mi gran amigo, el poeta Manuel Scorza, con quien estoy ligado en el empeño común de una gran empresa, de trascendentales alcances culturales”. Se refería naturalmente a los “Festivales del Libro”, “que han tenido una enorme resonancia en la prensa internacional” y que “constituyen la única empresa dinámica, fuerte, segura,

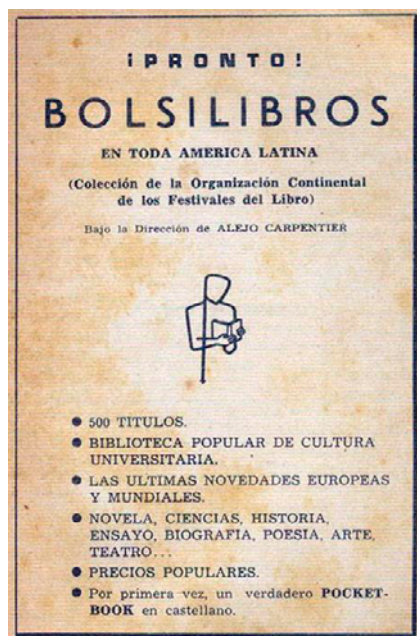


Imagen 1. Aviso de la colección Bolsilibros que no llegó a hacerse realidad.

los "Festivales del Libro" dejaron de editar nuevas series.²⁵ Scorza intentó dar vida a otro proyecto continental llamado "Bolsilibros" que, bajo la dirección de Alejo Carpentier, se proponía publicar 500 títulos en formato bolsillo, pero el proyecto no se concretó (ver imagen 1).

En 1968 Scorza ofreció su versión sobre las razones detrás de la suspensión de los "Festivales del Libro": había transferido sus activos a Cuba, afirmó, pero luego de la revolución sus cuentas fueron bloqueadas. Incluso llegó a hablar con Che Guevara pero no recibió su apoyo ("Cuba no tiene ni para comprar penicilina para los niños; escoge si procederás como editor o como escritor", le habría dicho el dirigente revolucionario). Según su propia versión, volvió al Perú sin dinero; en el camino había dejado, aparte de los cientos de miles de libros vendidos, algunas deudas y varios autores impagos, "que nunca supieron que no teníamos ni para estampillas".²⁶ Otro legado de los "Festivales del Libro" fue el logotipo diseñado por José Bracamonte y Carlos Gonzales que se usó en algunas ediciones de los "Festivales" (acompañado del lema "El hombre que lee vale más", como se ve en la imagen 2), se incluyó en el aviso de "Bolsilibros" antes mencionado, y se haría ampliamente conocido en el Perú como símbolo de los "Populibros".²⁷

El proyecto "Populibros Peruanos"

El cierre de los "Festivales del Libro" y todas las complicaciones que tuvo que afrontar Scorza durante esos años no le impidieron poner en marcha una nueva iniciativa editorial que, en lo esencial, buscaba los mismos objetivos: publicar libros baratos en tirajes masivos para acercar la literatura y el pensamiento a amplios sectores de la población. En 1968 diría que lo hizo también, en parte, para "pagar deudas".²⁸ Scorza convenció a Manuel Mujica Gallo para invertir en un nuevo proyecto titulado "Populibros Peruanos" que se lanzó en julio de 1963. El nombre "Populibros" no era nuevo: desde al menos 1952 se venía publicando en México una serie de libros en una colección llamada "Populibros La Prensa", aunque su orientación era más sensacionalista que literaria. Scorza, como mencioné, vivía en México por esos años, de modo que es casi seguro que conoció estas publicaciones. Por otro lado, en Arequipa apareció en 1958 una colección titulada "Ediciones Populibro" publicada por el Instituto de Extensión Cultural de la Universidad de San Agustín.²⁹

El principio y modus operandi de "Populibros" eran los mismos que los de los "Festivales del Libro", aunque el nuevo proyecto estaba restringido al Perú: libros a bajo precio, producidos con materiales modestos, impresos en tirajes altos y vendidos en "series". El plan original era publicar cada mes una selección de cinco títulos. Como lo había mostrado la experiencia de los "Festivales del Libro", vender los libros en series, no individualmente, ayudaba a

capaz de llevar nuestros libros a la gran masa de los lectores latinoamericanos". Carta de Alejo Carpentier a Carlos Fuentes, 20 de septiembre de 1959, disponible en <https://www.facebook.com/media/set/?set=a.465675636817576.123670.112975425420934&type=1>

25 Scorza se refiere a los tropiezos de los "Festivales" en la entrevista que le hizo Julio Ortega en 1968. Allí explicó que los editores peruanos que participaban en el proyecto querían publicar solo autores peruanos; tuvo que soportar la "arremetida" de los autores, probablemente descontentos con la compensación económica que recibían; y sufrió ataques incluso de representantes del gobierno peruano. Julio Ortega, "Manuel Scorza. El libro en la calle", *Mundo Nuevo*, n° 23, 1968, p. 85. Una caricatura publicada en la revista *Rochabús* (Año 1, n° 42, 25 de junio de 1959), ironizaba sobre las peleas entre Scorza y Mejía Baca: "Así es el Perú... taitita. Se ha desatado la guerra del libro y hay seis millones de peruanos que no saben leer".

26 Julio Ortega, "Manuel Scorza. El libro en la calle", *op. cit.*, p. 85.

27 Ver Lily Hoyle, "Mi vida junto a Manuel", en Lily Hoyle de Scorza (ed.), *Homenaje a Manuel Scorza. Autobiografía, testimonios y entrevistas*, Lima, Universidad Alas Peruanas, 2008, p. 75.

28 Julio Ortega, "Manuel Scorza. El libro en la calle", *op. cit.*, p. 85.

29 Allí se publicaron, entre otros, *Jorge, el hijo del pueblo*, de María Nieves y Bustamante; *Pliegos al viento*, de Francisco Mostajo; *Las revoluciones de Arequipa*, de Juan Gualberto Valdivia; y *Cinco poetas arequipeños*, edición de Manuel Suárez Miraval.

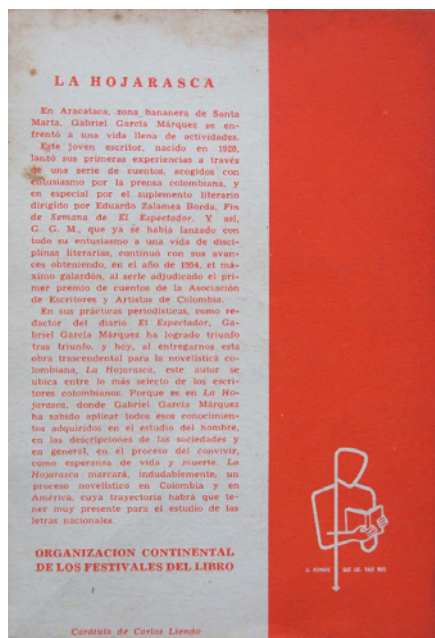


Imagen 2. Contraportada de **La hojarasca**, de Gabriel García Márquez (Bogotá, Primer Festival del Libro Colombiano, s/f.)

y tratándose de un proyecto dirigido por Scorza, era probablemente necesaria para contrarrestar posibles críticas o especulaciones derivadas del hecho de que no todos los autores publicados en los “Festivales del Libro” habían recibido el pago de sus regalías. Se anunciaba además que el libro estaba editado “en forma impecable” y que aparecería con una portada a todo color diseñada por el artista Luis López Paulet. La publicación de este libro, enfatizaba el aviso, constituía “uno de los más destacados triunfos de la industria editorial peruana”.³⁰

Otro aviso se publicó en la víspera del lanzamiento de “Populibros”.³¹ Junto a una fotografía del escritor peruano Ciro Alegría se ofrecía la lista de los cinco títulos que conformaban la primera serie y que estaban “entre los más importantes del pensamiento escrito peruano y latinoamericano”: **La serpiente de oro**, de Ciro Alegría; **Collacocha**, de Enrique Solari Swayne; **El Señor Presidente**, de Miguel Ángel Asturias; **El pecado de Olazábal**, de Luis Alberto Sánchez; y **Nuevos cuentos andinos**, de Enrique López Albújar. Con excepción de Asturias, todos los autores eran peruanos; de los cinco títulos, solo **El pecado de Olazábal** era inédito; y salvo Solari Swayne, que recién empezaba a destacar como autor teatral, los demás eran autores ampliamente conocidos no sólo en el Perú sino internacionalmente. El aviso, además, ofrecía la lista de lugares en los que el público podría comprar los libros: nueve kioscos ubicados en plazas y calles del centro de Lima. “Populibros”, al igual que los “Festivales del Libro”, buscaba abaratar costos y llegar más directamente a los compradores/lectores utilizando la venta en kioscos callejeros, sin recurrir a distribuidores ni librerías. Los cinco libros se vendían a 50 soles, algo menos de dos dólares. Otro aviso publicado el mismo día de la aparición de tan “extraordinaria” colección subrayó que era la única que ofrecía portadas a todo color y anunció que la selección de esas “cinco apasionantes y vigorosas obras” había sido hecha por el propio Manuel Scorza (ver imagen 3).³²

30 “Populibros peruanos’ publicará ‘El Señor Presidente’”, **El Comercio**, Lima, 12 de julio de 1963.

31 “Mañana empezarán a venderse los ‘Populibros’”, **El Comercio**, Lima, 15 de julio de 1963.

32 El aviso apareció en **Expreso**, **La Prensa** y **El Comercio** el 16 de julio de 1963. Aunque el aviso dice que Scorza escogió los títulos, es posible que los colaboradores de Scorza hayan participado de la selección. Según Rosina Valcárcel, hija del poeta Gustavo Valcárcel, “a menudo, mi padre escogía las obras y Scorza lograba la financiación”. Rosina Valcárcel, “Un hombre libre”, “El Dominical”, Suplemento de **El Comercio**, Lima, 25 de agosto de 2013.

una verdadera innovación en la industria editorial peruana, y afiches promocionando títulos y autores fueron desplegados en lugares estratégicos.³⁸ Cuando se publicó la edición peruana de **Lima la horrible**, de Sebastián Salazar Bondy (publicada originalmente en México), se colocaron avisos en paneles en diversas calles de Lima, un esfuerzo que, hasta donde conozco, también carecía de precedentes (ver imágenes 4 y 5).

Gradualmente, los títulos de “Populibros” empezarían a llegar también a las ciudades del interior, donde cada serie se vendía a 55 soles. Scorza contrató agentes de ventas que recorrieron el país visitando escuelas, fábricas e incluso cuarteles militares.³⁹ Los vendedores recibían como comisión el 20% del precio de los libros más los gastos de pasajes y estadía.

El éxito de ventas fue espectacular. Con tirajes que oscilaban entre los 10 mil y los 30 mil ejemplares por cada título (volveré sobre este asunto más adelante), los libros de la colección “Populibros” se encuentran entre los más vendidos de la historia peruana. Un testigo de esos años, Raúl Jurado, compartió en su blog algunos recuerdos:

Recuerdo con nitidez como llegaba un vendedor de libros a mi colegio con su inmensa maleta trayendo unos libros pequeños de llamativas carátulas en paquetes de 4 libros por diez soles. El vendedor daba una breve charla sobre los títulos y autores; luego iba sacando de su inmensa maleta un paquete de libros con sus empaques plastificados. Algunos levantábamos las manos y se nos entregaba los libros y nos comprometíamos a pagar en 2 cuotas con nuestras propinas que eran magras pero la idea era tener los libros y endeudarse; por esa época nos volvíamos locos por la lectura. Lo bueno era que no había mucha presión por el cobro. Cada quince días juntábamos 5 soles y a la otra quincena los otros 5 soles y los libros ya eran nuestros. Muchos años después ya en la universidad me enteré que el gestor de esta odisea por la lectura en nuestro país era Manuel Scorza.⁴⁰



Imágenes 4 y 5. Avisos publicitarios callejeros de la edición peruana de **Lima la horrible**, de Sebastián Salazar Bondy. Fotos cortesía de Irma Lostaunau.

La calidad material de los libros era modesta pero funcional. El tamaño era de bolsillo, lo que obligaba a veces a utilizar una tipografía pequeña; las portadas, con pocas excepciones, estaban ilustradas con reproducciones a todo color de vistosas acuarelas del artista Luis López Paulet, una innovación en la industria editorial peruana hasta entonces dominada por diseños de portadas a dos colores y con escaso despliegue de imágenes;⁴¹ el papel era rústico y la impresión en “offset”, casi siempre en “Gráfica Panamericana” aunque algunos títulos se imprimieron

38 Alfredo Bryce Echenique y Julio Ramón Ribeyro recordaron en 1986 esos “enormes afiches” colocados por Scorza en el Parque Universitario, cerca a la Universidad de San Marcos. Cfr. Jorge Coaguila (ed.), **Las respuestas del mudo**, Iquitos, Tierra Nueva editores, 2009, p. 124.

39 Testimonio de Don Alfonso Ragas y Don Baumé Zambrano, 9 de agosto de 2013. Ambos trabajaron como vendedores de “Populibros”. El primero de ellos viajó a Cusco, Arequipa, Huancayo y otras ciudades. Según don Alfonso Ragas, Scorza consiguió autorización para que los vendedores ingresaran a los cuarteles del ejército, la guardia de asalto y la marina.

40 Raúl Jurado, “Manuel Scorza y los Populibros”, 9 de septiembre de 2008, disponible en <<http://rauljurado.blogspot.pe/2008/09/manuel-scorza-y-los-populibros.html>>

41 Luis López Paulet fue un artista peruano vinculado a la escuela de pintura abstracta y geométrica, aunque las acuarelas que dibujó para ilustrar los libros de la colección “Populibros” se apartaban de dicha tendencia.

en "Offset Santa Rosa" y "Litografía Valverde"; la encuadernación se hacía a veces con grapas, sobre todo en los volúmenes más delgados, pero también se utilizaba el engomado. En promedio, los libros de la colección tenían 171 páginas. Los más breves tuvieron 77 (**Lima en rock** de Oswaldo Reynoso y **Huáscar, inca trágico**, de Edmundo Guillén) y el más extenso llegó a las 382 páginas (la novela **Sangama**, de Arturo Hernández). Aproximadamente la mitad (31) tuvieron 150 páginas o menos, y solo cinco superaron las 300 páginas. Los textos de las contraportadas —generalmente anónimos pero, según algunas versiones, escritos por Salazar Bondy— eran por lo general informativos y sobrios. Buscaban orientar al lector con información sobre el autor y/o la obra y, como es natural, enfatizaban su calidad y trascendencia, a veces en términos hiperbólicos: Ciro Alegría, por ejemplo, fue presentado como un autor "extraordinario", "el primer gran novelista peruano", y su libro **Los perros hambrientos** como "una pequeña gran obra de arte"; José María Arguedas era "uno de los máximos exponentes de la literatura peruana, con raíces auténticas en lo nuestro, en la naturaleza y en los hombres del ande y de la selva"; de **El viejo y el mar** de Hemingway se decía que sus páginas "elevan esta hermosa historia a los más altos niveles de lo apasionante y conmovedor"; **Lima la horrible** fue descrita como "el juicio severo, libre y profundo más valiente que se ha pronunciado en los últimos años sobre la sociedad peruana"; de Luis Alberto Sánchez se afirmó que "con Riva Agüero y José Carlos Mariátegui forma el gran basamento crítico de la literatura peruana". El afán publicitario no reparaba siquiera en el uso de comentarios contradictorios: aunque en la contraportada de **Los jefes** de Mario Vargas Llosa (incluido en la cuarta serie) se había citado el juicio del crítico español José María Valverde que consideraba **La ciudad y los perros** "la mejor novela de lengua Española desde **Don Segundo Sombra**", cuando se publicó **No una sino muchas muertes**, de Enrique Congrains Martín (incluida en la octava serie), se mencionó que el crítico Mario Castro Arenas había "proclamado la superioridad" de esa novela sobre **La ciudad y los perros** de Mario Vargas Llosa (novela que, de hecho, sería publicada por "Populibros" en la novena serie apenas unas semanas más tarde con enorme despliegue publicitario). En contadas ocasiones se incluyó textos firmados por críticos literarios: Alberto Escobar fue el autor de la nota para **La serpiente de oro** de Ciro Alegría y José Jiménez Borja de la de **El hechizo de Tomayquichua** de López Albújar. En algunos casos la información ofrecida no se ajustaba estrictamente a la verdad: la contraportada de **Los jefes**, de Mario Vargas Llosa, afirmaba que el libro "pasó completamente inadvertido por la crítica peruana hasta que mereció en España en 1958 el 'Premio Leopoldo Alas'". En realidad el libro sólo se publicó *después* de haber obtenido dicho premio, por lo que no pudo haber pasado "desapercibido" antes de salir de la imprenta.⁴²

Aunque el objetivo de Scorza era llevar los libros a las masas, su esfuerzo terminó concentrándose en los sectores medios y populares educados que habitaban en las ciudades, especialmente Lima. Conciente de que su mayor clientela se encontraba entre esos sectores urbanos Scorza se preocupó no solo de publicitar ampliamente los "Populibros" entre los lectores de diarios, sino también de que, al menos en el caso de los títulos de autores peruanos, fueran reseñados en suplementos culturales. De hecho, varias de esas reseñas fueron escritas por Sebastián Salazar Bondy, prestigioso intelectual que trabajaba como asesor literario de Populibros.⁴³ El evidente conflicto de intereses no parece haber inquietado a Scorza o a Salazar Bondy. Con el tiempo, la venta en algunas ciudades del interior se empezó a hacer también a través de librerías: "Studium" en Trujillo y Arequipa, "Fondo Universitario de Cultura Económica" en Cusco, y la librería de Ángel Martín Rubio en Ayacucho.⁴⁴ Y a partir de cierto momento la distribución en todo el país estuvo a cargo de la "Librería Internacional del Perú". Resulta claro que el modelo inicial de venta directa —en kioscos en Lima y utilizando agentes viajeros en provincias— cedió el paso a la utilización de mecanismos más convencionales: una distribuidora comercial y librerías localizadas en diferentes ciudades del interior del país, sobre todo en las ciudades de la costa. En la contratapa de **El americano feo** de E. Burdick y W. J. Lederer, por ejemplo, se incluyó una lista de "Distribuidores exclusivos" en las siguientes ciudades: Trujillo, Arequipa, Ayacucho, Cuzco, Huancayo, Huacho, Piura, Chiclayo, Chimbote, Barranca y Tacna.

42 Detalles adicionales sobre la publicación de los dos títulos de Vargas Llosa en la colección "Populibros" se encuentran en mi libro **La ciudad y los perros: Biografía de una novela**, Lima, Fondo Editorial de la Universidad Católica del Perú, 2015.

43 Salazar Bondy escribió reseñas de los siguientes títulos de la colección "Populibros": **Hombres y rejas**, de Juan Seoane (**Oiga**, 6 de febrero de 1964); **Lima en rock**, de Oswaldo Reynoso (**El Comercio**, 22 de marzo de 1964 y **Oiga**, 2 de abril de 1964); **Las botellas y los hombres**, de Julio Ramón Ribeyro (**El Comercio**, 31 de mayo de 1964); **Cusco: tierra y muerte**, de Hugo Neira (**El Comercio**, 12 de julio de 1964); **De Palma a Vallejo**, de Mario Castro Arenas, aunque en este caso el comentario se ciñó a Ricardo Palma y no cubrió todo el libro ("El Dominical", suplemento de **El Comercio**, 13 de septiembre de 1964); **Una piel de serpiente**, de Luis Loayza (**Revista Peruana de Cultura**, n° 3, octubre de 1964, pp. 150-152); **El mundo del supermarket**, de Héctor Velarde (**El Comercio**, 18 de octubre de 1964); y **Los geniecillos dominicales**, de Julio Ramón Ribeyro ("El dominical", Suplemento de **El Comercio**, 4 de julio de 1965). Esta última reseña apareció el mismo día que murió Salazar Bondy.

44 Esta información aparece en algunas ediciones de la colección. Ver, por ejemplo, la contraportada de **La guerra de los Viracochas**, de Juan José Vega.

Las series de “Populibros” continuarían apareciendo a lo largo de casi dos años. Aunque el plan inicial era publicar una serie de cinco títulos por mes, no siempre se pudo mantener ese ritmo de publicaciones. Tampoco se pudo completar la colección de cien obras como se ofreció al comienzo. En total se publicaron 64 títulos, distribuidos en trece series.⁴⁵ La novena serie, que incluyó un verdadero *best-seller*, **La ciudad y los perros**, apareció el 1 de setiembre de 1964; la décima serie se publicó a fines de ese mismo mes. La décimo primera, cuya fecha exacta de aparición no he logrado precisar aunque sí puedo afirmar que fue en 1964, incluyó **Lima, hora cero**, de Enrique Congrains. Allí se incluyó un comunicado de “Populibros” explicando que a partir de esa fecha se reduciría el número de títulos de cada serie de cinco a cuatro pero se mantenía el mismo precio (50 soles). La empresa explicó que se trataba de una medida necesaria para garantizar la supervivencia del proyecto, habida cuenta del cierre de los kioscos callejeros por orden de la Municipalidad de Lima. La mitad de sus tirajes, se afirmaba, se comercializaban en esos kioscos.⁴⁶ Quizás buscando mantener la empresa a flote, “Populibros” empezó a ofrecer servicios editoriales: “¿Quiere Ud. imprimir un libro? ¿Desea Ud. que se lo diagramen, se lo ilustren, se lo corrijan y se lo impriman conforme a la técnica más moderna? La división gráfica de Populibros se lo hará”.⁴⁷ La siguiente serie, la décimo segunda, tardaría al menos seis meses en aparecer (**El Comercio**, 10 de junio, 1965, p. 7), un signo de que los problemas financieros ya estaban asfixiando a la empresa. La décimo tercera y última serie apareció a mediados de agosto de 1965 (**El Comercio**, 14 de agosto de 1965, p. 7). Una combinación de problemas económicos y hostilidad eclesialística y oficial, según la versión del propio Scorza, fue la causante de la liquidación de “Populibros”:

En nuestros países la literatura es una literatura anticonformista, pero el gran público ignora este hecho. Ignora que los libros peruanos le revelan su realidad, hecha de miseria, explotación, corrupción, abuso. Pues bien, la venta de 100,000 ejemplares mensuales comenzó a crear un profundo malestar en las clases dirigentes y la publicación de ciertos libros convirtió ese malestar en persecución. La publicación de **La ciudad y los perros**, de Vargas Llosa (el representante de Barral había vendido antes 1,000 ejemplares) encolerizó al ejército. **Lima la horrible** de Sebastián Salazar Bondy (que era asesor de “Populibros”) y el terrible libro **Lima en rock** de Oswaldo Reynoso, enfurecieron a los moralistas. El éxito de **El amante de Lady Chatterley** rebalsó el vaso: el Opus Dei nos declaró la guerra. En todos los pulpitos de Lima los sacerdotes lanzaron sermones contra “Populibros”.⁴⁸

Varios escritores, además, habrían recibido la orden de no reseñar los “Populibros” y los avisos pagados, señaló Scorza, fueron rechazados por los diarios. Finalmente, la Municipalidad de Lima canceló la autorización para vender libros en la calle: “Nuestros kioscos callejeros —informó el comunicado de ‘Populibros’ antes mencionado— han sido decomisados por disposición del Concejal Julio Gallese, auto-erigido en censor de la cultura peruana, con el respaldo del Alcalde de Lima, Dr. Luis Bedoya Reyes”. Scorza intentó mantener el proyecto en marcha pero no por mucho más tiempo. La empresa fue liquidada y Scorza, según propia declaración, perdió su casa, auto, muebles y hasta su máquina de escribir.⁴⁹ Poco después dejaría el país y se establecería en París, donde inició una carrera literaria exitosa como novelista hasta su muerte en un accidente de aviación en 1983.

No me ha sido posible confirmar o desmentir todas las afirmaciones de Scorza respecto a las vicisitudes que precipitaron el fin del proyecto “Populibros”. El movimiento conocido como “Acción Católica Peruana” (que tiene la reputación de haber sido un movimiento “progresista” dentro de la Iglesia Católica) efectivamente mantuvo

45 Dunia Gras Miravat solo incluye en su lista 55 títulos divididos en nueve series más algunos “sin numerar”, mientras que la lista de Tomás Escajadillo también se reduce a 55 divididos en ocho series y algunos títulos “suelos”. Ver Dunia Gras Marivet, “Manuel Scorza, un mundo de ficción”, pp. 723-726 y Tomás Escajadillo, “La hazaña de Populibros”, en Lily Hoyle de Scorza (ed.), **Homenaje a Manuel Scorza. Autobiografía, testimonios y entrevistas**, op. cit., pp. 723-726 y 112-117. Varios “Populibros” incluían las listas de títulos en cada una de las series publicadas hasta ese momento, pero he encontrado numerosas inconsistencias entre ellos, algo que sería muy tedioso detallar aquí. Lo mismo ocurre con las listas de Gras Miravat y Escajadillo: no siempre la información que ofrecen es correcta.

46 “Al lector de Populibros”, texto inserto en **Lima, hora cero** y otros títulos de la colección.

47 Este aviso aparece en varias ediciones de “Populibros”.

48 Julio Ortega, “Manuel Scorza. El libro en la calle”, pp. 85-86.

49 Respuesta de Manuel Scorza a la encuesta “Por qué no vivo en el Perú”, **Hueso Húmero**, n° 9, Lima, 1981. La falta de documentación impide precisar la fecha del cierre de “Populibros Peruanos”, pero debió haber ocurrido hacia la segunda quincena de agosto de 1965. La décimo tercera y última serie apareció a mediados de ese mes e incluyó los siguientes títulos: **Estampas mulatas**, de José Diez Canseco, **Relatos de la Guerra del Chaco**, de Augusto Céspedes, **Los hombres más ricos del mundo**, de Franz Sudemman y **Tirano Banderas**, de Ramón del Valle Inclán. Y ya en setiembre, Miguel, hermano y cercano colaborador de Manuel Scorza en “Populibros”, lanzó los dos primeros tomos de la colección “Bolsilibros”, resucitando a nivel local el frustrado proyecto continental de Manuel Scorza y Carpentier, aunque tampoco tuvo mucha continuidad. Ver “Bolsilibros: la cultura de masas”, **Expreso**, 10 de setiembre de 1965, p. 10.



una campaña hostil contra "Populibros" en las páginas de su revista mensual **Orientación. Boletín Bibliográfico**, publicada por su "Secretariado de moralidad". De **Lima en rock**, por ejemplo, se dijo: "El relato, falto de valor literario, está lleno de palabras soeces, de escenas pornográficas y situaciones inmorales". **La ciudad y los perros** era, para la revista, una novela en la que reinaba el "vicio, que se manifiesta en toda su gama: desde el simple acto de fumar, hasta llegar a la perversión moral". Ambos libros son acusados de pornográficos y, en el caso de la novela de Vargas Llosa, se le considera un "anzuelo de tipo publicitario y comercial que desgraciadamente tiene éxito en el lector falto de la suficiente moralidad y cultura". En otro momento **Orientación** exigió a "Populibros" dejar de publicar "pornografía barata" pues "así no se culturiza al pueblo sino se le degrada".⁵⁰ Mi búsqueda de información sobre la campaña de hostilidad de la Municipalidad de Lima en la prensa peruana de esa época no arrojó resultados, ni siquiera en **Expreso**, el diario de Mujica Gallo en el que generalmente se informaba sobre las ediciones de "Populibros". Un titular periodístico citado por Dunia Gras anunció que "Municipalidad clausura Populibros y prostíbulos", pero la autora no menciona la fuente.⁵¹ La versión de que los diarios no publicaban avisos de "Populibros" no es totalmente veraz, pues aparecieron en **El Comercio** avisos de casi todas las series, incluyendo la última, en agosto de 1965. **Expreso** publicó varias notas sobre "Populibros" a lo largo de 1965, pero en ninguna se mencionó el cierre de sus kioscos o alguna medida efectiva por parte de la Municipalidad. Lamentablemente, el archivo de la Municipalidad de Lima parece no conservar información sobre el cierre de los kioscos de "Populibros" y la documentación de la empresa no ha sobrevivido al paso del tiempo.⁵² No tengo razones para poner en duda la versión de Scorza sobre el clima hostil a "Populibros", pero no estoy del todo convencido de que esa fue la única o la principal causa de la liquidación del proyecto. La hostilidad de grupos católicos no tenía efectos palpables sobre las ventas y aunque el cierre de los kioscos seguramente generó problemas, "Populibros" ya venía utilizando otras formas de distribución y venta de sus títulos, como mencioné anteriormente.

La otra historia de "Populibros"

Existen numerosas versiones que apuntan a una serie de prácticas inescrupulosas en la relación de Scorza con los autores y vendedores de "Populibros" y señalan la posibilidad de que Scorza se hubiera beneficiado económicamente del proyecto. No es mi interés principal reconstruir los avatares financieros de la empresa, en parte porque carezco de evidencias documentales confiables, pero estos aspectos algo turbios son también parte de la historia de "Populibros". Según una anécdota varias veces repetida, Scorza entregaba a los autores cheques bancarios que no tenían respaldo monetario suficiente, por lo que en la práctica quedaban impagos.⁵³ Según otra, Manuel Mujica Gallo entregaba dinero a Scorza para mantener a flote el proyecto, dinero que no siempre se habría utilizado para esos fines.⁵⁴ Los vendedores de "Populibros" también habrían sido víctimas de las maniobras de Scorza: el poeta y periodista Eloy Jáuregui cuenta que su padre vendía "Populibros" en un kiosko frente a la Universidad de San Marcos y que Scorza no cumplía con pagarle su porcentaje de ganancias.⁵⁵ Vargas Llosa acusó a Scorza de estafa o de intentos de estafa, y tuvo epítetos muy duros contra él: "es un gran pendejo, el imprecador", "miente como quien respira, pero es divertido a ratos, como todos los sinvergüenzas", "cabrón", "ladronzuelo", "pirata", "gángster", y

50 **Orientación. Boletín Bibliográfico**, publicado por la Secretaría de Moralidad de la Acción Católica Peruana, varios números, 1963-1964.

51 Dunia Gras Marivet, "Manuel Scorza, un mundo de ficción", *op. cit.*, p. 141.

52 Tanto la viuda de Scorza, Lily Hoyle, como su hijo, Manuel Escorza Hoyle, me hicieron saber que no existía documentación relacionada con "Populibros".

53 Gregorio Martínez, "El Ojo del Guardián", **Caretas**, n° 2265, 10 de enero de 2013.

54 Rodrigo Núñez Carvallo ofrece el siguiente testimonio sobre un encuentro entre Scorza y Manuel Mujica Gallo: "Necesito 30 mil dólares para pagar los derechos de autor de la nueva serie de los Populibros, dijo Scorza. El mercado ya está hecho. Toda la literatura peruana al alcance de tu bolsillo. Venderemos un millón de ejemplares en el primer año, podremos doblar esa cantidad en el segundo. Hemos descubierto una veta formidable, Manongo. Ambos pidieron corvina en salsa de langosta y se relamieron de impaciencia. (...) Haremos la propaganda por televisión y llenaremos de kioscos todo el país, añadió Scorza. No hay problema dijo Manongo sacando su chequera sin chistar y estampando su firma con una pluma Montblanc. Luego Scorza me contó en el baño frente al espejo, que Manongo Mujica era medio ingenuo. Le gusta el arte aunque se pudre en plata, dijo con una risotada mientras se lavaba las manos. Extraña combinación. Vivió mucho tiempo en España. A mí me lo presentó Sebastián Salazar en el Viena, apenas regresé del exilio y desde entonces no lo suelto". Rodrigo Núñez Carvallo, "De metal y de melancolía", **Hildebrandt en sus trece**, 16 de agosto de 2013.

55 "El kiosko de mi padre quedaba frente a la Casona de San Marcos, en el Parque Universitario. Vendía libros usados, novedades y revistas de poesía (...) Mi padre ganó mucho vendiendo a Reynoso y a Scorza. Mantenía un enfrentamiento permanente con Scorza porque el pata lo cabeceaba con la venta de los tomitos de Populibros, y mi papá regresaba renegando tarde a casa y se quejaba con nosotros: Ese conchusmadre nunca me paga". Testimonio de Eloy Jáuregui en Carlos Torres Rotondo y José Carlos Yrigoyen, **Poesía en rock. Una historia oral. Perú 1966-1991**, Lima: Ediciones Altazor, 2010, pp. 82-83. He alterado el orden en la cita para facilitar la lectura.

otros por el estilo.⁵⁶ Las acusaciones públicas más directas aparecen en una crónica de Rodolfo Hinostroza, “El Camino de Damasco”.⁵⁷ Según Hinostroza, Scorza “se llenó de plata con sus colecciones de escritores peruanos”. En una entrevista posterior agregaría lo siguiente:

Estafó a todo el gremio de escritores editándoles libros, pero jamás les pagaba regalías. Y encima se burlaba cuando alguien le reclamaba: “¿Por qué te quejas, si nadie te quería publicar y yo te he publicado? ¿No te gusta que lean? ¿Ah, sí te gusta? ¿Entonces, por qué reclamas? ¿Y encima quieres que te pague?” Más conchudo era (...) A él le gustaba vivir bien y tenía un lindo departamento en Miraflores. Él tenía ese dicho famoso: “Miraflores es una isla de felicidad rodeada de Perú por todos lados”. No tenía escrúpulos, era muy arribista, muy oportunista (...) siempre quería aprovecharse de la gente.⁵⁸

Otros autores, algunos cercanos ideológica y amicalmente a Scorza, han hecho también alusión a sus prácticas empresariales no muy escrupulosas. Rosina Valcárcel, autora de un artículo elogioso sobre Scorza y cuyo padre, Gustavo, trabajó en “Populibros”, afirmó: “Manuel tenía fino olfato fenicio. Papá tomaba ‘sus entuertos’ como parte de las bromas scorzianas”.⁵⁹ Tomás Escajadillo, otro autor a quien no se puede acusar de ser hostil a Scorza, escuchó decir a Salazar Bondy y a Eleodoro Vargas Vicuña en 1965 que Scorza no les pagó los derechos por sus libros **Lima la horrible** y **Dios en el cafetín** del primero y **Taita Cristo** del segundo. El propio Escajadillo se refirió a la “arruga” (deuda) que Scorza no canceló con Panamericana Televisión, pero parece celebrarlo o al menos justificarlo, pues el dueño, Delgado Parker, era “el más pillito” entre los empresarios televisivos.⁶⁰ Mi impresión es que muchos admiradores y amigos de Scorza estaban y están dispuestos a pasar por alto las posibles irregularidades en la administración de “Populibros”. Escajadillo resume muy bien este sentimiento: “El editor que publicó más de dos millones de libros de Nuestra América, de lo mejor de nuestras letras merece, pensamos, el juicio más que benevolente de nuestra historia”.⁶¹

La mala reputación de Scorza no admite dudas. En parte, se debe al hecho de que tenía muchos enemigos; él mismo reconoció que “si existe alguna persona estercolada en el Perú soy yo”.⁶² Esas enemistades podrían haberse forjado precisamente por sus “entuertos”, pero otras tuvieron con seguridad otras motivaciones. Varios testimonios apuntan a su habilidad empresarial y ambición: Julio Ramón Ribeyro recordó que “cuando fundó su editorial y empezó a ganar dinero” lo invitó a su oficina, en lo alto de un edificio de Lima, y mirando por la ventana le dijo: “Algún día todo esto será mío”.⁶³ Si hubo casos de autores que no recibieron sus regalías y vendedores que no fueron compensados, probablemente fueron la minoría: lo contrario hubiera dado como resultado una situación insostenible y seguramente habría dado lugar a denuncias y acusaciones públicas. Hay evidencia dispersa de casos en los que Scorza sí cumplió con los pagos. En una carta a su hermano Juan Antonio, Julio Ramón Ribeyro

56 Estas expresiones aparecen en distintas cartas existentes en el Archivo Vargas Llosa en la Universidad de Princeton. Escribiendo sobre la segunda mitad de la década de 1950, y por tanto sobre los “Festivales del libro”, Mario Vargas Llosa anotó en sus memorias que “El poeta Manuel Scorza iniciaría por aquellos años unas ediciones populares de libros que tendrían enorme éxito y le harían ganar una enorme fortuna. Sus arrestos socialistas habían mermado y había síntomas del peor capitalismo en su conducta: les pagaba a los autores —cuando lo hacía— unos miserables derechos con el argumento de que debían sacrificarse por la cultura, y él andaba en un flamante Buick color incendio y una biografía de Onassis en el bolsillo. Para fastidiarlo, cuando estábamos juntos, yo solía recitarle el menos afortunado de sus versos: *Perú, escupo tu nombre en vano*”. Mario Vargas Llosa, **El pez en el agua. Memorias**, Barcelona, Seix Barral, 1993, p. 406.

57 **Caretas**, Lima, 4 de febrero de 2010. La hija de Scorza salió en defensa de su padre: “Según he podido saber, mi padre, abatido por la acumulación de adversidades, cada vez más ocupado en la defensa de los comuneros y sus viajes a Cerro de Pasco, en pleno divorcio, debiendo recibir la ayuda de su madre para su subsistencia, no quebró legalmente, hecho del que se lamentaría posteriormente, puesto que todo hubiera quedado claro y quizás hubiera evitado que los acreedores se vengaran desacreditándolo y que otros, como el articulista, especularan sobre lo que pasó o no pasó y me evitara a mí tener que escribir esta penosa carta”. Cecilia Scorza Hare, “Memorias de Scorza”, **Caretas**, n° 2118, Lima, 25 de febrero de 2010.

58 <<https://nosotrosmatamosmenosdotcom.wordpress.com/2012/08/06/no-le-dan-el-diploma-de-poeta-a-cualquier-cojudo/>>

59 Rosina Valcárcel, “Un hombre libre”, “El Dominical”, Suplemento de **El Comercio**, Lima, 25 de agosto de 2013.

60 Tomás Escajadillo, “Scorza: nadie es profeta en su tierra”, **San Marcos**, n° 24, Lima, 2006, pp. 191 y 194. Un amigo cercano de Scorza cuyo nombre no estoy autorizado a revelar me contó que cuando volvió de Colombia luego de dos meses de trabajar en los “Festivales del libro” se dio con la sorpresa de que Scorza no había cumplido con entregarle el monto de su salario a su esposa, como habían arreglado. La firmeza del empleado en el reclamo hizo posible que se hiciera efectivo el pago. Esta persona no dudó en calificar de “pícaro” a Scorza, al tiempo que elogiaba su brillantez y talento literario. Entre otros detalles me contó de un opíparo almuerzo organizado por Scorza en el famoso restaurante criollo “Rosita Ríos” para celebrar el lanzamiento de una de las series del “Festival del libro” peruano (mi conversación con este testigo tuvo lugar en Lima el 13 de septiembre de 2016).

61 Tomás Escajadillo, “Scorza”, op. cit., p. 194.

62 Roland Forgues, “Scorza en el siglo XXI. Por el camino de la postmodernidad. Muerte y resurrección de los dioses”, **Martín**, n° 17, diciembre de 2007, p. 22.

63 Jorge Coaguila (ed.), **Las respuestas del mudo**, op. cit., pp. 127-128.

Le dice, en relación al pago de derechos por **Las botellas y los hombres**: “El dinero de Populibros llegó finalmente a Cannes, pero con Ribeyro escrito con V”. Felizmente pudo solucionar el problema y cobrar su cheque.⁶⁴ En el caso de Vargas Llosa, luego de varios reclamos, Scorza cumplió con pagarle 20.000 soles, equivalente a la mitad de las regalías que le correspondían al autor de **La ciudad y los perros**.⁶⁵ Antes, había ofrecido cancelar esa deuda con los ejemplares no vendidos de “Populibros”, oferta que no fue aceptada por el novelista. Scorza podía también ser generoso, aunque esto no necesariamente desmiente las acusaciones antes mencionadas. Según Don Alfonso Ragas, Scorza “no era amarrete” e incluso invitaba de vez en cuando a comer a los trabajadores de la empresa.

La falta de documentación hace más difícil, por otro lado, ofrecer cifras confiables sobre los tirajes de “Populibros”, un asunto que también afectaba las relaciones de Scorza con los autores. Los volúmenes de la colección “Populibros” no consignaban el tiraje. Información dispersa —de trabajadores que participaron del proyecto, de autores de algunos de los libros de la colección, y del propio Scorza— sugiere que el tiraje mínimo era de 10 mil ejemplares, aunque hubo títulos que llegaron oficialmente a los 30 mil. El contrato que firmó Scorza con Ciro Alegría para la publicación de **Duelo de caballeros** (que inicialmente iba a llevar el título de otro de los cuentos incluido en el volumen, “Los ladrones”) indicaba que se imprimirían hasta 20 mil copias, pero una *addenda* en el documento elevó dicho tiraje a 30 mil.⁶⁶ Eleodoro Vargas Vicuña, Julio Ramón Ribeyro y Luis Loayza afirmaron que sus libros (**Taita Cristo**, **Los geniecillos dominicales** y **Una piel de serpiente**, respectivamente) tuvieron un tiraje de 10 mil ejemplares.⁶⁷ Oswaldo Reynoso sospechaba que el tiraje verdadero era distinto del oficialmente contratado: “Se me dijo que se habían tirado 10.000, pero parece que fueron más, posiblemente el doble, aunque eso no se puede asegurar”.⁶⁸ Vargas Llosa acusó a Scorza de imprimir una segunda edición de **La ciudad y los perros** en “Populibros” sin su autorización.⁶⁹

El tiraje de cada edición no fue la única información omitida en los “Populibros”. Ninguno de los libros, por ejemplo, consigna la fecha de impresión.⁷⁰ No se trata, evidentemente, de un descuido, sino de una decisión deliberada, probablemente con un doble propósito: por un lado, facilitaba la venta continua de los libros pues en todo momento podrían presentarse como “nuevos” o al menos “recientes” y, por otro lado, hacía posible reimprimirlos sin que hiciera falta declararlo y comunicarlo al autor, quien naturalmente no recibiría el pago de las regalías que le habrían correspondido. El testimonio de Reynoso antes citado parece confirmar esta estrategia. En el caso de traducciones de libros publicados originalmente en otros idiomas pocas veces se consignaba el nombre del traductor y tampoco se indicaba si el texto había sido tomado de alguna edición en español publicada en otro país. Entre las excepciones puedo mencionar **Romeo y Julieta**, traducido por Luis Astrana Marín y cuyos derechos habían sido cedidos por Aguilar, el legendario sello editorial madrileño; **Las amantes célebres**, de Mario Stefano, traducido por Ramón Cortes Más y publicado “gracias a una deferencia especial de las prestigiosas ediciones Zeus”;⁷¹ y **La reliquia**, de Eça de Queiroz, que registra como traductor a Rodolfo Gómez Silva, amigo personal de Scorza.⁷² En todos los demás casos de libros traducidos al español no se indica quién fue el autor o autora de la traducción.⁷³ ¿Reproducía Scorza traducciones sin contar con la debida autorización y, por tanto, sin pagar

64 Julio Ramón Ribeyro, **Cartas a Juan Antonio. Tomo II, 1956-1970**, Lima, Jaime Campodónico editor, 1998, p. 79, 22 de julio de 1964.

65 Papeles de Mario Vargas Llosa, CO641, Caja 90, Fólter 17, División de Libros Raros y Colecciones Especiales, Universidad de Princeton.

66 El contrato está reproducido en Dunia Gras Miravet, “Manuel Scorza, un mundo de ficción”, *op. cit.*, pp. 643-644.

67 Abelardo Oquendo (ed.), **Narrativa peruana 1950/1970**, Madrid, Alianza Editorial, 1973, pp. 18, 21 y 23.

68 *Ibid.*, p. 28.

69 Sobre esto ver Carlos Aguirre, **La ciudad y los perros**, *op. cit.*, pp. 253-258.

70 Algunos títulos de los “Festivales del Libro” tampoco incluían la fecha de impresión.

71 La editorial Zeus de Barcelona había publicado en 1961 esa misma traducción pero con un título diferente, **Cortesanas célebres**.

72 Gómez Silva fue “amigo de su adolescencia, de su juventud y de su madurez; compañero inseparable de sus años, que lo acompañó en las buenas y también en las dificultades”. Fue militante aprista y miembro del grupo de “Poetas del pueblo”. Cfr. Lily Hoyle, “Mi vida junto a Manuel”, *op. cit.*, p. 69. Scorza le dedicó un poema (“Vals verde”, de su libro **Los desengaños del mago**). Ver también el testimonio del propio Gómez Silva, “El comienzo de una amistad sin fin”, en Lily Hoyle (ed.), **Homenaje a Manuel Scorza**, *op. cit.*, *ibid.*, pp. 85-86.

73 Aunque no se ofrece el nombre del traductor, en el caso de **El muro**, de Sartre, se dejó constancia que la edición en la colección “Populibros” se hacía “gracias a un acuerdo con los editores autorizados de Sartre en lengua española, Editorial Losada S.A.”. El volumen apareció precedido del texto de Guillermo de Torre titulado “Jean-Paul Sartre y el existencialismo en la literatura” que acompañaba la edición argentina de Losada. Este es uno de los pocos casos en que un título de la colección “Populibros” aparece acompañado de un prólogo o introducción. **Duelo de caballeros** de Ciro Alegría incluyó una nota titulada “Como prólogo” del mismo autor, y **Raíz y destino del Perú** de Manuel Mujica Gallo, el mecenas del proyecto, apareció con una nota explicativa que no deja de ser irónica habida cuenta de los problemas y erratas que algunos “Populibros” sufrirían. Cuando el ensayo que daba título al libro fue publicado por primera vez, dice la nota, “apareció plagado de erratas, fallas y omisiones que obligaron a Mujica Gallo a retirar de la circulación la separata que encerraba su ensayo” (p. 7).

los respectivos derechos? Creo que si hubiera cumplido con esos requisitos en todos los casos el nombre del traductor habría sido incluido.⁷⁴

Varios títulos de la colección, por otro lado, habían sido publicados anteriormente pero no siempre se consignaba información sobre las ediciones previas (fecha, editorial, lugar de impresión, etc.). Por excepción se incluye alguna información en los casos de **Cuzco: tierra y muerte**, de Hugo Neira ("Primera edición: Junio 1964. Ediciones Problemas de Hoy"); **Lima la horrible**, de Sebastián Salazar Bondy ("Primera edición: 1964. Ediciones Era, S.A., México") y **Don Manuel**, de Luis Alberto Sánchez ("Cuarta edición", sin consignar fecha, lugar ni editorial de la primera edición). Quizás se piense que soy demasiado riguroso al comentar estos detalles, pero el hecho de que en algunos casos sí se incluyó esa información y en otros se omitió revela la intención deliberada de escamotear información, quizás por considerarla innecesaria, quizás porque no convenía a los intereses del proyecto.

Aparte de la omisión de datos sobre tirajes, fechas de impresión, ediciones anteriores y procedencia de textos traducidos de otras lenguas, Scorza recurrió en ocasiones a maniobras editoriales cuestionables en su afán por incrementar las ventas de "Populibros". Por ejemplo, el libro de cuentos de Oswaldo Reynoso, **Los inocentes**, fue publicado con un título diferente, **Lima en rock**. Aunque algunos comentaristas han sostenido que Scorza hizo el cambio sin consultar con el autor, el propio Reynoso ha ofrecido una versión diferente:

La primera edición de Sologuren,⁷⁵ de 500 ejemplares con una hermosa portada de Ruiz Durand, inmediatamente se agotó. Entonces recibí una llamada de Manuel Scorza que quería publicarme en su sello Populibros. Fui a su oficina en el centro de Lima, por la plaza San Martín, y allí me presentó su propuesta. Pero me puso una condición: cambiar el título. "**Los inocentes** es un libro de edición pequeña, con nosotros tiene que llegar a la gran masa de lectores", me dijo. Me propuso una lista de diez nombres para escoger. Ninguno me convenció. "Si no se cambia el título, no hay trato" me aclaró Scorza. "Aquí hay una inversión y el título **Los inocentes** no va a jalar gente." Así que convoqué a los sabios del bar Palermo y les propuse el tema⁷⁶. Creo que era la primera vez en el Perú que se planteaba el problema de la creación y el mercado. Había que decidir entre la autonomía del escritor para poner el título de su obra o adecuarse a la exigencia del mercado representado por el editor. Conservar la autoría o pensar en una mayor difusión. Entre cerveza y cerveza se discutió bastante. Unos estaban en contra de que se cambiara el título, otros a favor. Dos amigos que se exaltaron salieron a trompearse. El bar cerró y nosotros seguimos discutiendo dentro. Eran las ocho de la mañana y algunos se habían ido, otros dormían apoyados en la mesa. Salí de allí, me fui caminando por La Colmena, llegué a la Plaza San Martín y me refresqué el rostro con el agua de la pileta. Luego fui a buscar a Scorza. Al llegar me preguntó qué había decidido. "No se cambia", le dije. "Entonces no se publica" me respondió. En el momento que salía de su oficina, recordé que en la discusión del Palermo un título había circulado: **Lima en rock**. A Scorza le gustó, y aceptó la condición de poner, entre paréntesis, **Los inocentes**.⁷⁷

Si bien es cierto que Reynoso, luego de haberse negado a cambiar el título original, terminó aceptando la condición de Scorza, también lo es que el editor prácticamente lo obligó a hacerlo. Para Scorza, los volúmenes de venta del libro eran tan o más importantes que la rigurosidad bibliográfica y las preferencias del propio autor. En todo caso, el problema que planteaba Reynoso en su reminiscencia es central en cualquier evaluación del proyecto "Populibros": el conflicto, potencial o real, entre la autonomía del creador y las exigencias del mercado. Uno tiene la impresión de que, en casos como este, Scorza terminó sucumbiendo a la lógica del mercado.

Hubo otros dos incidentes, cierto es que involuntarios, con títulos de libros de la colección. El título de la novela de Juan Seoane, **Hombres y rejas** (una notable reconstrucción de los avatares de la prisión política publicada originalmente en Chile en 1937), apareció con un error en la edición de "Populibros": **Homres y rejas**. Según la versión de Gregorio Martínez, Scorza detectó el error cuando ya estaba impresa toda la edición y, pese

74 En una carta a su esposa fechada en París el 22 de Junio de 1964, Scorza se refiere a un inminente viaje a Barcelona "para arreglar el asunto del Americano Feo" (Lily Hoyle (ed.), **Homenaje a Manuel Scorza**, op. cit., p. 79). La novela **EL americano feo** de Eugene Burdick y William J. Lederer (1958) fue traducida y publicada en Barcelona por la editorial Grijalbo en 1959. Scorza la incluyó en la cuarta serie de "Populibros", publicada en Diciembre de 1963. ¿Qué era lo que tenía que arreglar Scorza en relación a esa publicación? ¿Había algún reclamo de la editorial Grijalbo por derechos de traducción no pagados?

75 La primera edición de **Los inocentes** fue publicada en el sello "La Rama Florida" que dirigía el poeta Javier Sologuren.

76 Se refiere al legendario Bar Palermo, ubicado en la céntrica avenida La Colmena muy cerca del claustro de la Universidad de San Marcos, y que servía de lugar de encuentro de intelectuales y escritores en la Lima de las décadas de 1950 y 1960.

77 "Oswaldo Reynoso, declarado inocente", entrevista de Enrique Planas, **Página/12**, Buenos Aires, 5 de junio de 2016.

a ello, autorizó su distribución con el argumento de que pocos se darían cuenta de que faltaba una letra.⁷⁸ Y el libro de Julio Ramón Ribeyro, **Las botellas y los hombres**, apareció con el título alterado en la portada: **Los hombres y las botellas**.

El mismo Ribeyro fue víctima de uno de los casos más desafortunados de la actividad editorial de Scorza. Su novela **Los geniecillos dominicales** resultó ganadora del concurso auspiciado por “Populibros” y el diario **Expreso**, propiedad de Manuel Mujica Gallo. Scorza había solicitado reiteradamente a Ribeyro que enviara el manuscrito de la novela que estaba escribiendo, al parecer con la promesa de darle el premio.⁷⁹ El plazo para enviar manuscritos vencía el 30 de Setiembre de 1964. El 17 de ese mes Ribeyro le escribe desde París, donde vivía, a su hermano Juan Antonio en Lima: “Ya le he escrito a Scorza diciéndole que me es imposible presentarme al concurso, así paguen 50 mil soles casi seguros, pues mi novela tengo que corregirla. Le dije que si lo aplazaba hasta fines de octubre haría un esfuerzo para tenerla lista. Pero no creo que acepte”.⁸⁰ Pese al escepticismo de Ribeyro Scorza aceptó la prórroga.⁸¹ Ribeyro envió el manuscrito a Scorza el 7 de noviembre. En sucesivas cartas Ribeyro insiste en darle instrucciones a su hermano para que evitara cualquier gestión ante el jurado que pudiera interpretarse como interferencia:⁸² “Cualquier contacto indirecto que yo tenga con él a través tuyo, etc.— puede asumir la forma de un intento de seducción. Si me premian, bien, si no, qué se va a hacer”.⁸³

El jurado emitió su veredicto a mediados de marzo de 1965 y el premio recayó en la novela de Ribeyro, como ya se ha dicho.⁸⁴ “Populibros” puso en circulación el libro el 14 de junio, junto con el resto de títulos de la décimo segunda serie.⁸⁵ Cuando Ribeyro recibió el primer ejemplar de su novela no pudo ocultar su malestar: no solo contenía numerosas erratas, sino que se habían omitido algunas páginas, lo que hacía muy difícil su lectura e inteligibilidad.⁸⁶ En una carta a su hermano fechada el 1 de julio de 1965 Ribeyro expresó su enfado (“el daño moral que me ha hecho es irreparable”)⁸⁷ y en una carta abierta a Scorza exigió el retiro de circulación de la novela: “Como es inadmisibles pensar que estos descuidos pasaron desapercibidos a la editorial, me creo autorizado a suponer que el libro fue puesto a la venta a sabiendas de que se trataba de un producto imperfecto, para evitar correcciones o retardos onerosos, y que en consecuencia ha habido mala fe de parte de los responsables de su publicación”.⁸⁸ En su respuesta, Scorza evitó asumir responsabilidad alguna y atribuyó a la negligencia de un operario los errores en la edición de la novela de Ribeyro.⁸⁹ Pero Ribeyro tenía razón: resulta inverosímil pensar

78 En su crónica, sin embargo, Martínez se equivoca al decir que el error consistió en la omisión de la letra “r”: según él, apareció como **Hombes y rejas**. Ver Gregorio Martínez, “El ojo del guardian”, *op. cit.*

79 Ver carta de Ribeyro a Sebastián Bondy, fechada el 4 de septiembre de 1964, reproducida en “Sebastián Salazar Bondy sí tuvo quien le escriba”, **La República**, Lima, 21 de febrero de 2015.

80 Julio Ramón Ribeyro, **Cartas a Juan Antonio**, *op. cit.*, pp. 87-88. Énfasis agregado.

81 *Ibid.*, p. 90.

82 *Ibid.*, pp. 95-96.

83 *Ibid.*, pp. 99-100.

84 “Ramón Ribeyro ganó Concurso de Novela *Expreso*”, **Expreso**, Lima, 16 de marzo de 1965, y “Lauro para Julio Ramón Ribeyro”, **Expreso**, Lima, 19 de marzo de 1965. Según la versión que Ribeyro recogió del poeta Juan Gonzalo Rose, Scorza no cumplió con entregar la parte del premio que le correspondía (“por falencia económica”), así que Mujica Gallo tuvo que afrontar el pago completo del premio (Julio Ramón Ribeyro, **Cartas a Juan Antonio**, *op. cit.*, p. 99). Según Rodolfo Hinostroza, Scorza no le pagó los 50 mil soles a Ribeyro, pero no hay evidencia en la correspondencia de Ribeyro de que así haya sido. Por ejemplo, en otra carta a Juan Antonio fechada el 15 de julio de 1965 el escritor le dice que “se trata de un libro inacabado, que hasta ahora seguiría inédito si no fuera por el cebo del Premio”. Si no hubiera recibido el pago cabría esperar algún comentario sobre eso. *Ibid.*, pp. 115-116. En otra carta del 22 de setiembre le cuenta que Scorza está en París y que todavía no se han visto (“Debe estar un poco resentido por mi carta pública desautorizando **Los geniecillos dominicales**”), pero tampoco hay mención al incumplimiento en el pago del premio. *Ibid.*, p. 122.

85 “**Los geniecillos dominicales** en las calles desde el lunes”, **Expreso**, Lima, 11 de junio de 1965, y “‘Geniecillos’ invaden Lima”, **Expreso**, Lima, 15 de junio de 1965. Los otros títulos en esa serie fueron **Trujillo: causas de una dictadura sin ejemplo**, de Juan Bosch, **Las amantes célebres**, de Mario Stefano, y **Yawar Fiesta**, de José María Arguedas. En uno de los avisos publicitarios se decía que “**Los geniecillos dominicales** es el best-seller que ofrece Populibros este mes. La crítica unánimemente ha calificado esta obra como el acontecimiento literario de 1965” (**El Comercio**, 10 de junio de 1965) mientras que en otro se afirmaba que “La obra de Juan Bosh es el libro-estrella de una nueva serie que lanza Populibros” (**El Comercio**, 12 de junio de 1965).

86 Un error en el montaje hizo que el texto de las páginas 164, 165 y 166 se repitiera en las páginas 170, 171 y 172, lo cual significa, además, que tres páginas enteras fueron eliminadas de la novela. En su reseña Salazar Bondy hizo notar la falla y expresó algo ingenuamente su deseo de que “este defecto de impresión haya sido enmendado oportunamente y no aparezca sino en el ejemplar que le ha tocado al cronista” (“El Dominical”, Suplemento de **El Comercio**, 4 de julio de 1965).

87 Julio Ramón Ribeyro, **Cartas a Juan Antonio**, *op. cit.*, p. 111.

88 “Carta del escritor Julio Ramón Ribeyro. París, 1 de junio de 1965”, **El Comercio**, Lima, 8 de julio de 1965.

89 “La entidad responsable de ellas es la imprenta encargada de la edición. Esta imprenta, bien conocida por su prestigio y seriedad, fue a su vez, lamentablemente víctima de la irresponsabilidad de uno de sus empleados. Debido a la negligencia de este empleado Populibros se encontró con que, al presentarse a recoger la edición, supuestamente terminada, la imprenta no había impreso una sola línea de ninguno de los libros contratados. Conminada por una carta notarial a entregar la edición dentro del plazo correspondiente la

que los gruesos errores en la edición pasaran desapercibidos para los miembros del equipo de producción de "Populibros". Una vez más se impuso la lógica del mercado.⁹⁰

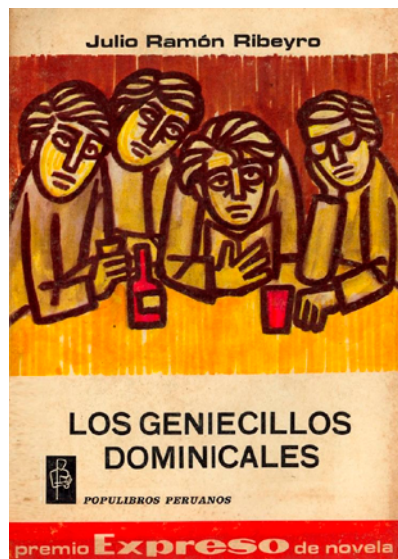


Imagen 6. Portada de **Los geniecillos dominicales**, de Julio Ramón Ribeyro

Otra acusación sería contra Scorza provino del renombrado escritor indigenista Enrique López Albújar (1872-1966), cuyo libro **Nuevos cuentos andinos**, originalmente publicado en 1937, fue incluido en la primera serie de la colección "Populibros". El autor acusó a Scorza de haber mutilado el libro sin su consentimiento. Según su propia declaración en una carta pública, ni siquiera recibió un ejemplar del libro sino que tuvo que comprarlo él mismo, y al abrirlo quedó pasmado al ver que dos cuentos del libro original ("El brindis de los yayas" y "Huayna Pishtanag"), precisamente aquellos que habían recibido los mayores elogios de los críticos, habían sido eliminados. "Este serio daño intelectual significa mucho para mi prestigio literario, y hasta para las letras del país", se quejó el veterano escritor. Además, López Albújar había solicitado que se eliminaran las dedicatorias incluidas en la edición de 1937 "en muy lejanas y distintas circunstancias", algo que Scorza no cumplió.⁹¹ "El contrato estipulado con el editor de Populibros, no lo facultaba para tomar tan arbitrarias medidas que van contra el público y contra el autor", reclamó López Albújar.⁹² Según Scorza todo se debió a un error de compaginación, un "hecho casual", no un acto deliberado de mutilación, pero es difícil creer que un error de esa naturaleza pasara desapercibido para el diagramador, el corrector de pruebas y el editor. Además, la numeración de las páginas no muestra ninguna evidencia de problemas con la compaginación. La

única explicación posible es que Scorza trató de reducir el costo de producción del libro recortando esos dos cuentos sin consultar con el autor, en una evidente violación de las reglas básicas de la industria editorial. No hace falta decir que se trató además de una falta de consideración hacia los lectores, quienes no recibieron explicación alguna de la mutilación —y quizás incluso ni la notaron.⁹³

Alguien podría decir que se trataba de situaciones comunes en el mundo editorial, comprensibles (y quizás hasta justificables) tratándose de un proyecto de esa envergadura y cuyo principal objetivo era llevar libros baratos a los hogares de las familias menos acomodadas del país. Sin embargo, la acumulación de errores y, sobre todo, decisiones arbitrarias, revela una escasa preocupación por mantener un nivel de calidad digno de los admirables objetivos de la colección "Populibros".

La colección "Populibros": autores y títulos

Resulta pertinente decir algo sobre la selección de autores y títulos de la colección.⁹⁴ De los 64 títulos publicados,

imprenta procedió a imprimir dicha serie en ocho días. Esta premura determinó los errores a que alude el señor Ribeyro y demuestra también las grandes dificultades técnicas que deben afrontar los editores en el Perú". "Carta del Señor Manuel Scorza", **El Comercio**, Lima, 10 de julio de 1965.

- 90 En 1986 Ribeyro recordaría a Scorza en los siguientes términos: "Él fue editor de dos de mis libros: **Las botellas y los hombres** y **Los geniecillos dominicales**. Aunque los publicó con una serie de innumerables errores, yo le tenía gratitud, porque él decidió que yo era un autor al que valía la pena publicar. (...) Para mí, Scorza fue siempre un personaje muy enigmático, con muchas virtudes y con muchos enemigos. Había gente que no lo quería nada y yo trataba de saber por qué, porque conmigo fue más bien cordial". Jorge Coaguila (ed.), **Las respuestas del mudo**, *op. cit.*, pp. 126-127.
- 91 El cuento "El blanco" aparece dedicado a Luis Alberto Sánchez, "Juan Rabines no perdona" a José Vasconcelos y "Una posesión judicial" a Ezequiel Ayllón.
- 92 "Escritor abrirá juicio al editor de 'Populibros'", **El Comercio**, Lima, 20 de julio de 1963.
- 93 Con todo, Scorza encontró la manera de convencer a López Albújar para publicar otro título suyo en la colección: en la cuarta serie incluyó **El hechizo de Tomayquichua**.
- 94 Dunia Gras Marivet hace algunas observaciones interesantes sobre la relación entre la selección de títulos y los gustos e influencias personales de Scorza. Dunia Gras Miravet, **Manuel Scorza. La construcción de un mundo posible**, Lleida, Universitat de Lleida, 2003, pp. 71-73.

38 correspondían a autores peruanos y 26 a autores extranjeros.⁹⁵ La gran mayoría de títulos corresponden a novelas y cuentos. Sólo se incluyeron dos libros de poesía, uno del propio Manuel Scorza (**Poesía amorosa**) y una antología de poesía peruana reunida por Salazar Bondy (**Mil años de poesía peruana**), y dos de teatro (**Romeo y Julieta** de Shakespeare y **Collacocha**, de Enrique Solari Swayne). Una docena de textos de no ficción incluyen ensayos diversos (**Lima la horrible**, **De Palma a Vallejo**, **Tempestad en los Andes** y **Cuzco: tierra y muerte**), algunos trabajos históricos (**Huáscar, el inca trágico**, **Manco Inca, el gran rebelde**, **Relato de la guerra del Chaco** y **La guerra de los Viracochas**), libros de actualidad política (**¿A qué viene De Gaulle?**, **Trujillo: causas de una dictadura sin ejemplo**), y unos cuantos libros más bien sensacionalistas (**Las amantes célebres**, **Los hombres más ricos del mundo** o **¿Quién mató a Kennedy?**). Están representados autores clásicos de la literatura universal (Shakespeare, Poe, Sartre, Hemingway, Flaubert, Wilde), escritores peruanos ampliamente conocidos (José María Arguedas, Enrique López Albújar, Ciro Alegría, Luis Alberto Sánchez), miembros de una generación más joven pero con una obra ya consolidada (Julio Ramón Ribeyro, Sebastián Salazar Bondy), novísimos narradores que luego se consolidarían como figuras destacadas de las letras peruanas (Luis Loayza, Oswaldo Reynoso) e incluso un futuro Premio Nobel (Mario Vargas Llosa). “Populibros” ofreció una muestra más que representativa de la narrativa urbana peruana de las décadas de 1950 y 1960: Vargas Llosa, Ribeyro, Loayza, Reynoso y Congrains fueron todos incluidos en la colección. Debe destacarse también el hecho de que la colección incluyó títulos que luego se convertirían en obras imprescindibles del ensayo y la narrativa peruanas del siglo XX como **Lima la horrible** de Sebastián Salazar Bondy y **La ciudad y los perros** de Mario Vargas Llosa, ambas publicadas anteriormente en México y Barcelona respectivamente, pero que alcanzarían difusión masiva en el Perú gracias a las ediciones de “Populibros”.⁹⁶ Al mismo tiempo, la colección incluyó a los clásicos del indigenismo en sus varias vertientes (Arguedas, Valcárcel, Alegría, López Albújar) y una de las primeras novelas peruanas sobre la amazonía (**Sangama**, de Arturo Hernández, publicada originalmente en 1942). Entre los autores peruanos cabe resaltar su pluralidad ideológica: apristas como Luis Alberto Sánchez y Juan Seoane, ex apristas como Ciro Alegría, social-progresistas como Salazar Bondy, simpatizantes de izquierda como Vargas Llosa o el propio Scorza, y varios otros difíciles de clasificar (Arguedas, Valcárcel o Loayza). Salvo la poca presencia de títulos de poesía (pese a que tanto Scorza como sus principales colaboradores, Gustavo Valcárcel y Sebastián Salazar Bondy, eran poetas) la colección ofreció una excelente representación de la literatura peruana del siglo XX. Por contraste, “Populibros” no logró presentar un panorama medianamente representativo de la literatura producida en otros países del continente. Apenas se incluyeron seis títulos de autores latinoamericanos (Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, Juan Bosch, Eduardo Caballero Calderón, Augusto Céspedes y Rogelio García Lupo), en un momento en el que (como ya lo habían mostrado los “Festivales del libro”) se vivía una época de gran producción y difusión de la literatura latinoamericana. Esta ausencia podría explicarse, al menos parcialmente, por el deseo de evitar complicaciones de tipo legal derivadas de contratos no cumplidos o ediciones no autorizadas. Lo mismo podría decirse de la casi total ausencia de autores españoles: apenas se incluyó un título, **Tirano Banderas**, de Ramón del Valle Inclán.

En general, Scorza y sus asesores demostraron buen olfato literario y supieron balancear el catálogo de “Populibros” para dar cabida a autores y títulos de diferentes países, escuelas literarias, períodos históricos y temáticas. No todos los títulos, como es obvio, pueden ser considerados “obras fundamentales de la cultura universal”, como Scorza pretendía. Hubo algunos que, como bien apuntó un comentarista de **El Comercio**, cumplían la función de “libro-señuelo para el grueso público”, como fue el caso de **Las amantes célebres** de Mario Stefano, **Los hombres más ricos del mundo**, de Frank Sudemann, o **¿Quién mató a Kennedy?**⁹⁷ Hechas las sumas y las restas, sin embargo, se trató de una colección que en su momento puso al alcance de los lectores peruanos una muestra parcial pero representativa de la cultura peruana y universal.

95 Como dije anteriormente, el proyecto inicial contemplaba la publicación de 100 volúmenes. Entre los libros anunciados y que nunca se publicaron en “Populibros” están **En Octubre no hay milagros**, de Oswaldo Reynoso (en la contraportada de **Lima en rock** se decía que ya estaba contratado por “Populibros”, pero fue publicado en 1965 por ediciones Wuaman Puma), **Túpac Amaru**, de Manuel Scorza (anunciado en la contraportada de **Poesía amorosa**; Scorza trabajó en este poema durante varios años pero nunca lo terminó; algunas secciones se publicaron en la revista **Cantuta** en 1969), y **Visto en el espejo**, de José Miguel Oviedo (un libro que nunca vio la luz). Cuando en 1964 se publicó la edición peruana de **La ciudad y los perros**, de Mario Vargas Llosa, se anunció en la contraportada que “otros trabajos literarios suyos figurarán en próximas series de nuestras editoriales”, una promesa que tampoco se cumplió. En **Una piel de serpiente** se anunció que su autor, Luis Loayza, estaba traduciendo para “Populibros” **La monja alférez**, de Thomas de Quincey, y en **Cuzco: tierra y muerte** se afirmó que Hugo Neira “por encargo de Populibros” estaba escribiendo un reportaje sobre las barriadas de Lima. Estos dos volúmenes tampoco llegaron a ser publicados en la colección. La traducción de Loayza de **La monja alférez** fue publicada años después, en 1972, por la editorial Barral de Barcelona.

96 La edición de **La ciudad y los perros** en la colección “Populibros” ha entrado en la leyenda gracias al rumor, no confirmado, de que un cierto número de ejemplares (mil según algunos) fueron quemados en el patio del Colegio Militar Leoncio Prado en protesta por las supuestas injurias contra el Colegio, sus autoridades y sus cadetes que la novela contenía. Ver Carlos Aguirre, **La ciudad y los perros**, *op. cit.*, pp. 222-231.

97 “Guía del lector”, “El Dominical”, Suplemento de **El Comercio**, Lima, 18 de julio de 1965.

Conclusión

El proyecto “Populibros Peruanos” se concibió como una cruzada para llevar la cultura y el libro a las masas. A juzgar por las cifras de ventas y las informaciones periodísticas tuvo un éxito resonante. Aproximadamente un millón de libros ocuparon un espacio en los estantes de miles de hogares que, quizás, sin esas ediciones populares no hubieran jamás puesto sus manos en un libro de Shakespeare, Flaubert, Sartre o Vargas Llosa. (Otra pregunta, imposible de responder, sería ¿cuántas personas que compraron los “Populibros” efectivamente los leyeron?).

El proyecto de Scorza, sin embargo, resultó empañado por sus aparentemente dudosas prácticas financieras y sobre todo editoriales, amén de algunos lamentables descuidos. La falta de rigor fue el resultado del deseo de maximizar las ventas. ¿Era esto inevitable? Estoy convencido de que un poco más de cuidado editorial no hubiera afectado demasiado los niveles de ventas ni la popularidad del proyecto. Quizás los aspectos estrictamente financieros —en los que debe incluirse el deseo de Scorza de ganar dinero, pese a que él siempre lo negó— terminaron condicionando el nivel intelectual del proyecto. Pero el objetivo de llevar libros a las masas no tenía por qué sacrificar la calidad de las publicaciones.

El proyecto “Populibros” buscaba acercar la “alta” literatura a “las masas de lectores corrientes, estudiantes, empleados y obreros”:⁹⁸ obras universales, como lo señaló el propio Scorza. Incluso las obras consideradas transgresoras —aquellas de Reynoso, Congrains, Lawrence o Vargas Llosa mencionadas anteriormente— pertenecían al mundo letrado. El hecho mismo de que se tratara de un proyecto de libros revela la idea de cultura a la que Scorza adscribía. Las masas necesitaban ser educadas y eso implicaba estimular y promover la lectura de los clásicos de la literatura peruana y universal. La noción del libro como la más alta manifestación de cultura fue el punto de partida de una empresa que buscaba “quitarle el frac” y acercarlos a las clases populares: con eso, la tradición letrada se consolidaba pero también, hasta cierto punto, se agrietaba, gracias a esos pequeños libros con llamativas portadas a color que se vendían en kioscos, fábricas, cuarteles y escuelas de las ciudades peruanas y que eran comprados, y posiblemente leídos, por miles de peruanos y peruanas de diversa condición social. No fue poca cosa, ciertamente.

Los proyectos editoriales de Scorza se inspiraron, según propia expresión del editor, en la experiencia mexicana post-revolucionaria. Cuando se pusieron en práctica en las décadas de 1950 y 1960 acompañaron una serie de iniciativas por popularizar el libro en una época de creciente urbanización que exigía de los sectores intelectuales y políticos un mayor esfuerzo por democratizar la cultura, tanto en el Perú como en otros países de América Latina. Carlos E. Zavaleta, ya en 1965, ubicaba a Scorza y Congrains como precursores de las campañas editoriales en Argentina y otros países de la región.⁹⁹ Pero habría de ser la revolución cubana la que recogería con mayor entusiasmo y continuidad esa aspiración de llevar los libros a las masas, en ese caso como parte de un proyecto de transformación social mucho más ambicioso: en marzo de 1959, apenas dos meses después del triunfo revolucionario, se creó la Imprenta Nacional, cuyo primera publicación fue una edición de 100 mil ejemplares de **Don Quijote de la Mancha** y que en dos años llegó a imprimir más de 14 millones de libros, según un reporte oficial.¹⁰⁰ Años más tarde, los gobiernos del General Velasco en el Perú (1968-1975) y Salvador Allende en Chile (1970-1973) promoverían también la democratización del libro con la colección “Biblioteca Peruana” en el primer caso y la editorial Quimantú en el segundo.¹⁰¹ Conviene colocar el caso de “Populibros” dentro de ese contexto

98 Ver la contraportada de **La ciudad y los perros**, Lima, Populibros Peruanos, 1964.

99 “¡Cuántos editores conocidos, al fin allende las fronteras! ¡Cuántos seguidores del ejemplo que hace pocos años sembraron Manuel Scorza y Enrique Congrains, en medio de la soledad! Un ejemplo que ha cundido desde Centro América hasta Argentina. (Hoy mismo se venden en Buenos Aires miles de colecciones baratas, forradas en papel celofán, herederas de los festivales del libro peruano)”. Carlos E. Zavaleta, “Editores limeños”, **Expreso**, Lima, 18 de diciembre de 1965, p. 11.

100 Liliana Martínez Pérez, **Los hijos de Saturno: intelectuales y revolución en Cuba**, México, FLACSO, 2006, p. 27. Alicia Sánchez, bibliotecaria cubana, ha subrayado la impronta que dejaron en la política editorial de la revolución cubana los “Festivales del Libro” que Scorza organizó y dirigió Alejo Carpentier: “El Primer Festival del Libro en Cuba se inauguró el 16 de septiembre de 1959. Como explicó su director, se pusieron a la venta 250 000 ejemplares, seleccionados entre los mejores autores cubanos (...) En estas cinco décadas que han transcurrido desde entonces, la Revolución ha continuado preocupada por elevar el nivel cultural del pueblo y podemos considerar a eventos como La Feria Internacional del Libro de La Habana, el Festival del Libro en La Montaña y, de creación más reciente, La Noche de los Libros, que se celebra durante el verano, dignos sucesores de este Primer Festival, a través del cual comenzaba a darse a conocer la literatura cubana en ediciones de cientos de miles de ejemplares”. Alicia Sánchez, “El Primer Festival del Libro Cubano y su director en La Habana, Alejo Carpentier”, **Librinsula**, n° 246, 20 de septiembre de 2009 <http://librinsula.bnjm.cu/secciones/246/nombrar/246_nombrar_2.html>.

101 Sobre la editorial Quimantú ver Hilda López, **Un sueño llamado Quimantú** (Santiago de Chile, Ceibo ediciones, 2014). El proyecto de una editorial estatal fue inicialmente presentado ante su cámara por el entonces diputado Salvador Allende en 1967: proponía crear “una empresa editorial del Estado que contribuyera a ampliar los horizontes intelectuales y culturales de la nación, facilitara a educandos y estudiosos y a lectores en general el acceso a las grandes fuentes del pensamiento nacional y universal y que se

más amplio de cambios sociales, políticos y editoriales en toda la región para valorar la importancia de su esfuerzo. En el camino tropezó con serios obstáculos, mostró sus limitaciones y cometió no pocos errores financieros y editoriales. Poner los libros al alcance de las masas fue un proyecto ambicioso e importante; su puesta en práctica dejó un legado mixto de luces y sombras.

abaratara los costos de los libros, lo que redundaría especialmente en el beneficio de las capas modestas de la población". *Ibid.*, p. 5. En los primeros seis meses de operación Quimantú vendió un millón de libros. Una de sus colecciones, llamada "Minilibros", incluyó 55 títulos en tirajes de 50 mil ejemplares o más y que vendieron un total de 3.660.000 ejemplares (*ibid.*, p. 71). Aquí fueron incluidos algunos autores que también tuvieron cabida en "Populibros": Twain, Hemingway, Wilde, y otros. Aunque Quimantú era una empresa estatal, no recibía subvención alguna y debía auto-sostenerse con las ventas (*ibid.*, p. 94).

HEBDOMADAIRE -- QUATRIEME ANNEE, N° 142 -- SAMEDI 21 FEVRIER 1931 -- LE NUMERO 1 FR. 50

MONDE

Directeur : **HENRI BARBUSSE**
REDACTEUR EN CHEF : **LÉON WERTH**

Comité directeur : ALBERT EINSTEIN, P. FIREMAN, M. GORKI, M. KAROLYI,
M. MORHARDT, UPTON SINCLAIR, MANUEL UGARTE, MIGUEL DE UNAMUNO
Rédaction, Administration, Publicité : 30, rue Jean-Marcel PARIS (2^e) -- Téléphone : Central 14-76 et 18-21



dessin inédit de grosz

UNE INTERVIEW DE L'ECRIVAIN RUSSE BORIS PILNIAK
HENRI HEINE, POETE BANNI, PAR A. HABARU
LE CINEMA ET L'EGLISE, PAR G. ALTMAN
DEUX EXPOSITIONS : A. BOURDELLE-G. GROSZ
QUELQUES "FAITS-DIVERS" DU FASCISME
LE PETROLE ET LA FRANCE, PAR A. LAFON
L'ABBE TURMEL, SAVANT HERETIQUE, PAR CH. A. JULIEN
LE BOUTE, NOUVELLE INEDITE, PAR P. R. PILLER
CHRONIQUES ET NOUVELLES DES LETTRES ET DES SCIENCES

LA SEMAINE POLITIQUE, ECONOMIQUE ET SOCIALE -- LES REVUES -- LES JOURNAUX -- LES SPECTACLES